LOS HOMBRES de la historia



La Historia Universal a través de sus protagonistas

Calvino

Jean - François Bergier

Centro Editor de América Latina



Protagonista de la Reforma protestante Calvino, fue su ordenador en el plano interno y su lúcido portavoz frente a toda la Europa católica; pero además, uno de los más notables protagonistas de la historia de su tiempo, a la que encarna de modo impresionante.

Hombre de paz en un siglo de batallas, sintió el deber de librar los combates que habrían de conducir a la paz y fue realmente un combatiente. Se enfrentó, obviamente con los católicos, pero también con sus partidarios y aun consigo mismo, tal vez en el combate más largo y difícil.
Calvino contribuyó a dar al cristianismo, aún a aquel que no le pertenecía, un respiro, un dinamismo, un impulso que le faltaban desde hacía tiempo; todavía más: propuso al mundo una ética, es decir, una concepción del hombre tomada de las fuentes del Evangelio y del Humanismo, una concepción de la vida individual y colectiva que condujeron a un nuevo comportamiento moral y social y, también en este aspecto, se hizo intérprete de un siglo que se buscaba a sí mismo, comprendió sus aspiraciones y le dio, en parte, una respuesta. Y, si bien no es, como se ha pretendido, el padre del capitalismo - aunque estuvo ligado a su nacimiento - debe verse en Calvino a uno de los promotores de la sociedad moderna.

A largo plazo, la importancia del puesto ocupado por él en la historia, depende menos de la gran difusión de su doctrina cuanto de su contribución a sentar las bases de una nueva sociedad y un nuevo espíritu.

Porque, lo que importa recordar, es que Calvino fue conciente de vivir en una época en que los hombres se aventuraban por nuevos caminos. Con el progreso técnico y científico, con la extensión del horizonte hacia tierras desconocidas, fuentes de abundantes riquezas, con el cambio brusco e irreversible de la mentalidad, con la revolución de los espíritus, comienza otra civilización. Calvino lo comprendió y, deseoso de someterse antes que nada, a la voluntad de Dios, de hacerla obrar para su reino, adhirió a ella con un acto de su firme voluntad. Pero al adherirse le dio su impronta.

Católico o protestante, espiritualista o materialista, el mundo moderno, el mundo de hoy, debe a Calvino una parte de lo que es.

Nació el 10 de julio de 1509 en Picardía. Murió en Ginebra el 27 de mayo de 1564.

Títulos ya publicados y que completan volúmenes de esta colección:

La civilizacion de los orígenes (*): Homero, Buda, Ramsés II, Solón, Moisés, Confucio.

Cristianismo y Medioevo (*) Carlomagno, Mahoma, Francisco de Asís, Marco Polo, Abelardo, Tomás de Aquino, Dante.

El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (*) Lincoln, Darwin, Courbet, Dostoievski, Nietzsche, Wagner.

El siglo XIX: La revolución industrial (*) Freud, Van Gogh, León XIII, Ford, Tolstoi, Bismark.

El mundo contemporáneo (*) Churchill, Einstein, Lenin, Gandhi, Hitler, García Lorca, Stalin, Picasso

Esta obra ha sido publicada originalmente en Italia por Compagnia Edizioni Internazionali S.p.A. - Roma Milán
Director Responsable: Pasquale Buccomino
Director Editorial: Giorgio Savorelli
Redactores: Lisa Barufi, Mirella Brini, Ido Martelli, Michele Pacifico

50. Calvino. Del Humanismo a la Contrarreforma

Este es el quinto fascículo del tomo Del Humanismo a la Contrarreforma.
La lámina de la tapa pertenece a la sección Del Humanismo a la Contrarreforma, del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

Ilustraciones del fascículo Nº 50:

Snark, París: pp. 114-115 (1); p. 116 (1); p. 119 (1,2); p. 120 (1); p. 125 (2); p. 126 (1); p. 128 (1,3,4,5); p. 130 (1); p. 132 (1,2,3); p. 134 (1); p. 135 (2,3); p. 136 (1); p. 137 (2); p. 139 (1,2,3); p. 140 (1).
A. Zennaro, Roma: pp. 122 (1,3).

Traducción de Cristina Iglesia.

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A., Luca 2223 Buenos Aires, en abril de 1969

Calvino

Jean - François Bergier

1509
Calvino nace el 1º de julio en Noyon, Picardía. Su padre, Gérard Cauvin, trabaja allí como notario y secretario al servicio del obispo y del cabildo de la catedral. Su madre, Jeanne Le Franc, proviene de una rica familia de Cambrai.

1523
Destinado por su padre a una carrera eclesiástica(que parece estar asegurada por la protección del clero de Noyon, Calvino es enviado a París, después de haber estudiado en el colegio de su ciudad natal. En el colegio de la Marche, sigue las lecciones de Maturin Cordier.

1524
Ingresa como interno al colegio de Montaigu.

1528
Calvino obtiene el título de *maître ès arts.* Inicia sus estudios de derecho en la Universidad de Orléans, mientras la Reforma comienza a agitar las mentes en Francia. Se relaciona con el humanista alemán Melchior Volmar, luterano convencido.

1529
Calvino sigue a Volmar hasta Bourges, a lo de Margarita de Angulema. Continúa fiel a la religión romana, a pesar de las incitaciones de que es objeto. Prosigue sus estudios hasta llegar a ser *licencié ès lois.*

1531
Requerido desde Noyon. Calvino asiste a los últimos instantes de su padre, que muere excomulgado, luego de un conflicto de intereses con el cabildo de la catedral. Después de asegurarse los beneficios eclesiásticos y la parte que le corresponde de la herencia paterna, se instala de nuevo en París. Atraído por la filología humanista, sigue los cursos del helenista Jacques Danès, del estudioso de lengua hebraica, François Vatable y de Guillaume Budé en el *Collège de France* [Colegio de Francia].

1532
En abril, Calvino publica su primera obra: una edición comentada de *De Clementia* de Séneca.

1533
El 1º de noviembre, Nicolás Cop, rector de la Universidad de París, pronuncia en la iglesia de Mathurins el discurso de reapertura, predicando con valentía una reforma de la Iglesia fundada sobre todo en el Evangelio. El escándalo es enorme. Se sospecha que Calvino, íntimo amigo de Cop ha sido el inspirador, sino el redactor, de este discurso. Obligado a huir, se refugia en Angulema, junto a un amigo seguro.

1534
El 4 de mayo, Calvino renuncia a todos los beneficios eclesiásticos: se ha separado así de la iglesia romana. El asunto de los *placards* (17-18 de octubre) decide a Francisco I a combatir activamente la herejía. Calvino es perseguido y se refugia en Basilea.

1536
Es el año decisivo. En su refugio de Basilea, Calvino ha podido redactar en paz su libro fundamental, la *Institutio chistianae religionis* (Institución de la religión cristiana), publicado en latín en la misma ciudad, en marzo de 1536. Esta edición, agotada en pocos meses, se convierte inmediatamente en el estatuto de los partidarios de la Reforma. Calvino reside por breve tiempo en Ferrara; regresa a París, aprovechando un momento de tregua en las persecuciones contra los protestantes. Decide establecerse en Estrasburgo. Al detenerse, por una sola noche, en Ginebra, es retenido por el reformador Guillaume Farel. A pesar suyo, permanece en esta ciudad.

1538
Habiendo entrado en conflicto con las autoridades civiles de Ginebra, Calvino y Farel son desterrados. Calvino se establece en Basilea, desde donde, muy pronto es llamado a Estrasburgo para convertirse allí en el pastor de los protestantes franceses refugiados. Organiza su Iglesia. Desde Estrasburgo, viajará a las ciudades imperiales de Francfort, Worms y Ratisbona para participar en coloquios entre cristianos y evangelistas. Comienza a acrecentarse su notoriedad en el ámbito de la Reforma europea.

1539
A pedido de los ginebrinos, Calvino responde al cardenal Sadoleto que lo había incitado a retornar al seno de la Iglesia. Nueva edición latina de la *Institución.*

1540
Calvino se casa con Idelette de Bure, viuda de un anabaptista de Lieja.

1541
Calvino es llamado desde Ginebra, de donde no saldrá ya sino para breves viajes. Hace adoptar las *Ordonnances ecclésiastiques* que guiarán la vida religiosa de la República y servirán de modelo a muchas otras iglesias protestantes en Europa y más tarde en América. Calvino publica en Ginebra la versión francesa de la *Institución, Institution de la réligion chrétienne,* uno de los primeros documentos de la prosa francesa moderna y su *Petit traité de la Sainte Cène* (Pequeño tratado sobre la Santa Cena).

1542
Catéchisme de l'Église de Genève. [Catecismo de la Iglesia de Ginebra.]

1543
Traité des reliques [Tratado de las reliquias], contra los abusos de la Iglesia romana.

1545
Contre la secte fantastique et furieuse des libertins, qui se nomment spirituels [Contra la secta fantástica y furiosa de libertinos que se denominan espirituales] violento libelo en el que Calvino ataca a ciertos adversarios suyos en el seno de la Reforma, que amenazaban con comprometer su obra en Ginebra.

1549
En Zurich, Calvino firma con el reformador Bullinger, el *Consensus Tigurinus,* que sella la unión entre los reformadores suizos, especialmente en lo referente a la cuestión largamente controvertida de la Cena. Muerte de Idelette de Bure.

1550
Tratado *Des scandales* [Tratado sobre los escándalos].

1551
En octubre, en el transcurso de una congregación de pastores de Ginebra, el ex carmelita Jerome Bolsec se opone a la doctrina de Calvino sobre la predestinación. Denunciado a las autoridades civiles, es desterrado de Ginebra. Calvino expondrá su doctrina en esta materia, en el tratado publicado al año siguiente, *De la prédestination èternelle de Dieu.* [Acerca de la predestinación eterna de Dios].

1553
Los adversarios de Calvino vencen en las elecciones anuales para los cargos de síndicos. El 13 de agosto, Michel Servet, cuyos apasionados escritos antitrinitarios le habían ganado la hostilidad de la Iglesia romana y de Calvino, es reconocido y arrestado en Ginebra. Se le instruye un proceso en el que Calvino participa activamente. Después de las consultas con los Iglesias y con los magistrados de los cantones suizos, Servet es condenado y conducido a la hoguera el 27 de octubre.

1555
Los partidarios de Calvino triunfan en las elecciones. Los adversarios, los más peligrosos de los cuales ya han sido desterrados, no podrán ya obstaculizar su acción. Numerosos refugiados franceses, acogidos por la burguesía de Ginebra, lo sostienen activamente.

1556
Viaje de Calvino a Francfort.

1558
Versión francesa del *Commentaire sur le libre des Psaumes* [Comentario sobre el libro de los Salmos] con un prefacio que es, en parte, autobiográfico.

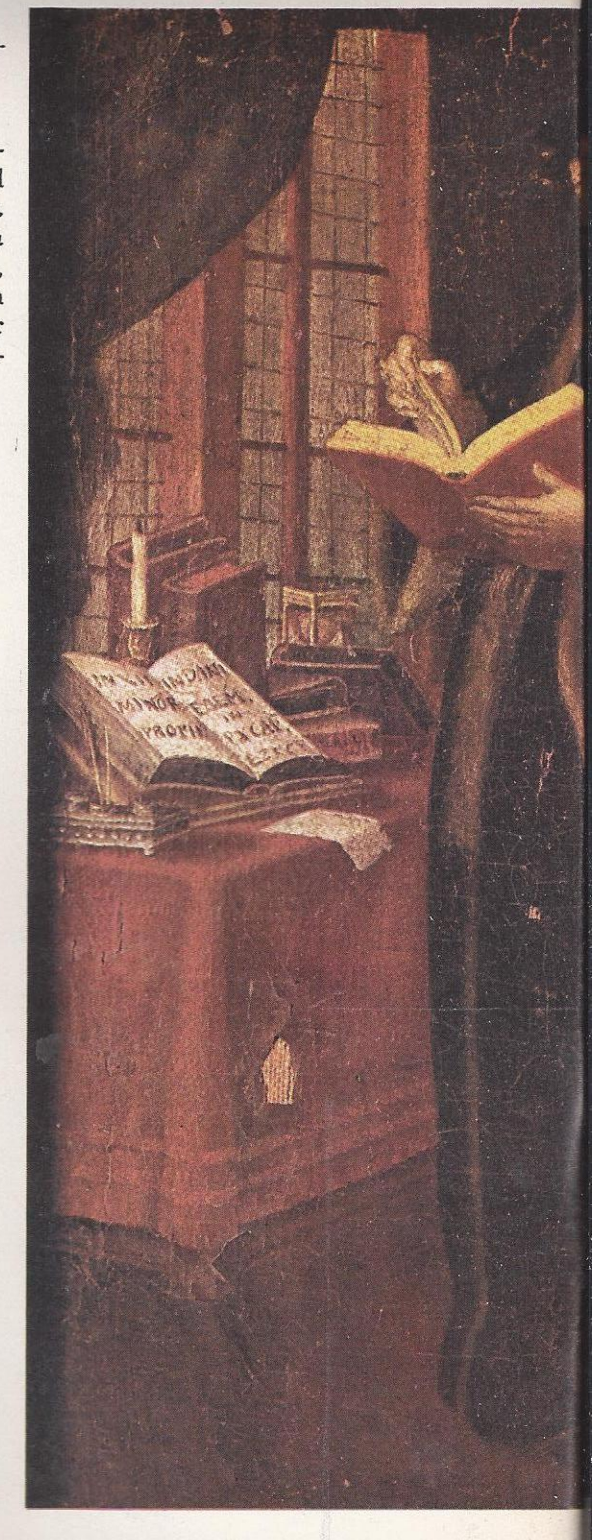
1559
El helenista Théodore de Bèze, originario de Vezelay en Borgoña, viene a establecerse en Ginebra, luego de haber sido expulsado de Lausana. Seis años más tarde, sucederá a Calvino. Calvino funda la Academia de Ginebra, de la cual Bèze es el primer rector.

1560
Se altera gravemente la salud de Calvino. Desde su lecho, dicta los escritos y prepara la edición definitiva, en francés, de la *Institución cristiana.* Conjura de Amboise, en la cual Calvino niega haber tomado parte.

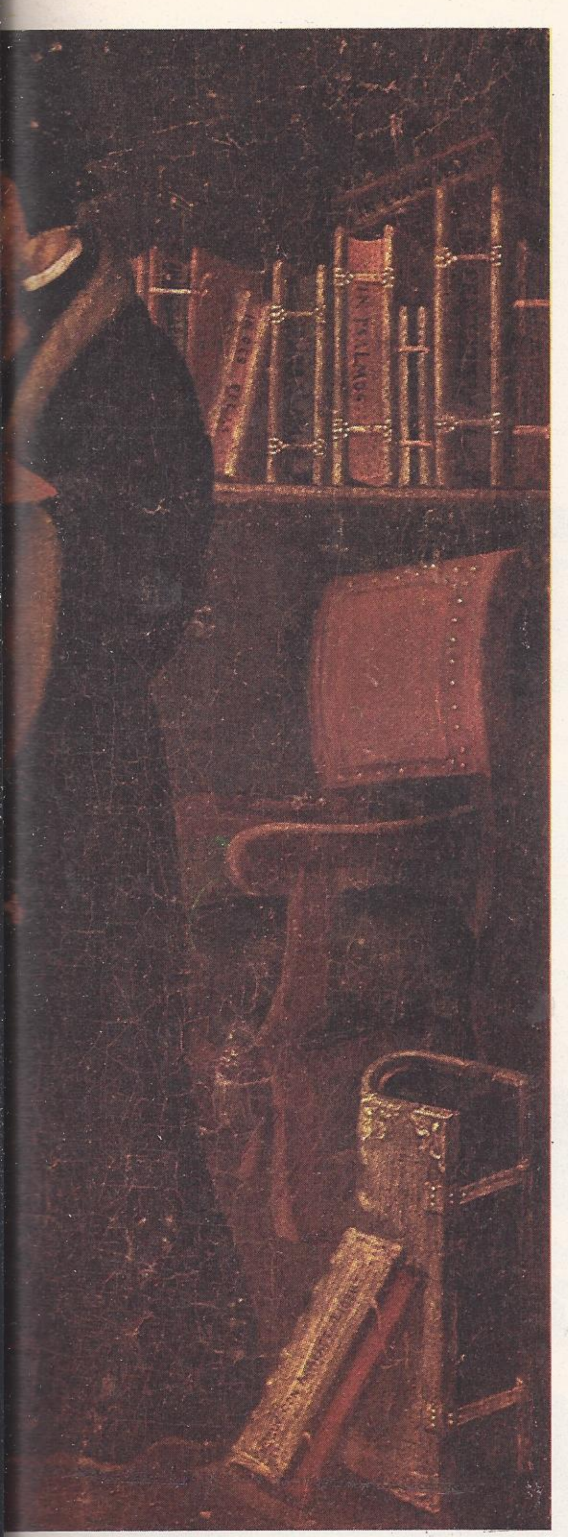
1561
En otoño, se realiza el Coloquio de Poissy, entre protestantes y católicos, en presencia del rey Carlos IX, de la reina madre, y de toda la corte. Calvino, considerado indeseable, no participa, pero Bèze y el lucano Pietro Martire Vermigli lo representan y lo informan.

1562
Comienza en Francia la guerra de las religiones, luego de la masacre de Vassy.

1564
Activo y consciente hasta sus últimos momentos, Calvino muere tranquilamente el 27 de mayo, hacia las ocho de la noche. Todo el pueblo de Ginebra lo acompaña hasta su última residencia, sin ceremonias, con absoluta simplicidad. Su tumba, en el cementerio de Plainpalais, no lleva, por voluntad suya, ningún signo de identificación.



1. Calvino en su habitación de trabajo; anónimo del siglo XVII.
París, Bibl. hist. du protes. français (Snark).



1

Un gran combatiente

Calvino fue un protagonista en el verdadero sentido de la palabra. Y lo fue bajo diversos títulos.

En primer lugar, protagonista de la Reforma protestante, a pesar de no haber sido su fundador, ya que Lutero lo había precedido en una generación. Por otra parte, tampoco pudo concretar su unidad, ya que su intransigencia en materia de fe le prohibía todo compromiso con los Luteranos, Anglicanos y otras denominaciones de la Reforma, que habían elegido un camino distinto del suyo. Pero fue el ordenador de la Reforma; supo encuadrarla espiritual y teológicamente, dándole instituciones sólidas y dinámicas y el espíritu positivo de que carecía en general, antes de él. Cuando corría el riesgo de empantanarse en la multiplicidad de tendencias unidas solamente por el común rechazo a la autoridad de Roma, quiso darle un sentido, edificar con ella una nueva Iglesia, y lo logró, tanto interna como externamente. En el plano interno, eliminando pacientemente los excesos de aquellos que querían destruir los fundamentos de una sociedad que no estaba preparada para eso, como también obligando a los espíritus tibios —siempre prontos a hacer concesiones—, a sostener una posición decidida y sin equívocos, o bien a abstenerse. Externamente, convirtiéndose, frente a toda la Europa católica, en el portavoz de los protestantes, que "protestaban" es decir, daban testimonio de su fe; y fue un portavoz que supo llamar la atención. En el momento en que, con el Concilio de Trento, la comunidad católica de Roma tomaba conciencia de los errores cometidos y organizaba contra la Reforma su propia reforma; en el momento en que las persecuciones comenzaban a ejercer una fuerte presión sobre los ánimos de los protestantes, Calvino se preocupó por mantener encendida la antorcha que habían levantado Lutero y los reformadores de la primera generación.

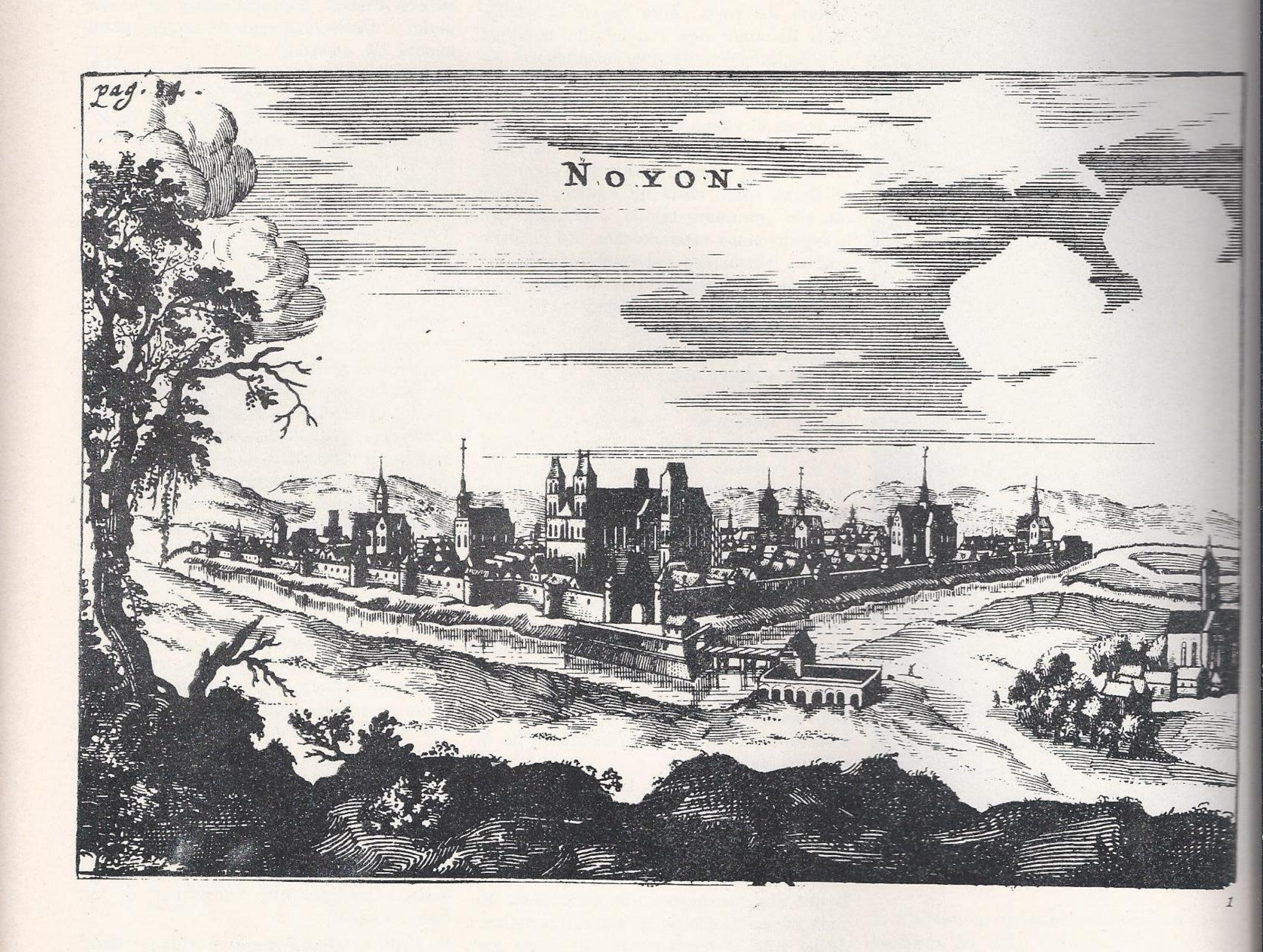
Protagonista, pues, de la Reforma. Sólo por eso, no podría olvidarse su nombre en la historia de la humanidad. Pero hay más: Calvino fue uno de los más notables protagonistas de la historia de su tiempo, a la que encarna de modo impresionante. El siglo XVI es el siglo de las grandes revueltas, de las grandes renovaciones. Es cierto que la historia es lenta y que las estructuras materiales, mentales y espirituales en medio de las cuales se mueve no se modifican más que poco a poco, casi imperceptiblemente. No existe ninguna ruptura visible que no haya venido preparándose desde mucho tiempo atrás y las transformaciones tan manifiestas que observamos, en todos los campos del siglo XVI, hunden sus raíces en el lejano pasado y se prolongan mucho más allá de su época. De todos modos, superan los límites de un existencia relativamente corta —poco más de medio siglo— como la de Calvino. Pero no por eso es menos cierto que esta vida, que se abría cuando comenzaba la conquista de América, acabará en 1564, mucho tiempo después que las consecuencias de esta conquista hubieran transformado la organización económica y el equilibrio político del Viejo Mundo; ella coincide, al mismo tiempo, con el apogeo del movimiento humanista, con la universalización de las artes y de los gustos del Renacimiento, con el período de la Reforma y la Contrarreforma, con la cristalización de las grandes potencias monárquicas, en Francia, en Inglaterra y en el Imperio y, finalmente, con un notable movimiento de avanzada social que tiene su origen en todo lo que precede y que se trasluce en la obra misma de Calvino.

Calvino fue el testigo de todo esto; testigo privilegiado por cuanto fue excepcionalmente lúcido. Vio, sintió y comprendió aquello que no era perceptible y menos aún comprensible para sus contemporáneos. Por eso no sólo fue testigo, sino también actor, protagonista. Calvino, que muy a menudo ha sido considerado como un profeta que se anticipara a su tiempo —el socialismo creerá tal vez vislumbrar en él su propia imagen— o un iluminado, fuera de su época, fue, en realidad y profundamente, un hombre de su tiempo. Y lo fue tanto por sus defectos, su intransigencia, su rigor —trocado en crueldad—, como por sus cualidades, la sinceridad de su fe, la riqueza de su cultura, su intenso amor a los hombres, el coraje físico y moral de los que dio pruebas repetidamente. En suma, se identificó con su siglo y esto es lo que sin duda lo convierte en un protagonista. En todo caso a eso se debe el poderío de su acción y la influencia que ha ejercido hasta hoy. Sin embargo, debemos tener claro que, si bien Calvino fue un hombre de su tiempo, constituyó para su siglo —pródigo sin embargo en personalidades de sólido temple—, una figura excepcional.

Se hace evidente entonces la paradoja de Calvino. En efecto, aparentemente, nada lo destinaba a cubrir este papel excepcional en su época y en la historia. Procedente de un ambiente modesto, y —si se me permite agregar— sin historia, no abrigaba otras ambiciones que convertirse en un buen servidor.

Su gusto, el talento de que se sabía poseedor, la educación burguesa que había recibido, hacían de él nada más que un buen humanista, en una época que no carecía de ellos . . . Una serie de encuentros y de casualidades lo condujo a la situación que lo distinguió. Pero el azar, como la providencia, no explican nada al historiador. ¿Deberá decir que su siglo lo hizo surgir, lo llevó adelante, lo obligó a no desviarse del camino que siguió? Estudiante más exigente que los propios maestros, Calvino no quiso pasar por alto nada que pudiese enriquecer su espíritu; en el momento en

1. *La ciudad de Noyon.*
París, BN (Snark).



1

que las ideas de Lutero penetraban en la universidad francesa, quiso conocerlas y comprenderlas con una total libertad de conciencia.

Cuando comprendió que la Iglesia, a la que siempre había permanecido fiel, no advertía la oportunidad de una renovación interior que ya se hacía imprescindible, pensó que era deshonesto permanecer en ella en el momento mismo en que tal decisión significaba la amenaza de procedimientos judiciales y persecusiones; así, por sinceridad, aceptó renunciar a una vida tranquila como la de sus aspiraciones, a cambio de una vida errabunda e incierta. Por las mismas razones, superó dos veces la repugnancia a vivir en Ginebra, una ciudad en la que nunca se había sentido a gusto y que, por otro lado, le fue hostil durante mucho tiempo. Pero, hombre de paz en un siglo de batallas, sintió el deber de librar los combates que habrían de conducir a la paz.

Calvino fue realmente un combatiente. Se enfrentó, obviamente, con los católicos, a los que quería convencer —sin ilusionarse demasiado, por otra parte— y a los cuales quería impedir, sobre todo, que sofocaran la voz de la Reforma. Se enfrentó con sus partidarios, con todos los que, sinceramente o de mala fe, se alejaron del camino que él estaba convencido ser el único que debía seguirse; con aquellos que, por motivos políticos o personales, se opusieron a su influencia en Ginebra. Se enfrentó, finalmente, consigo mismo y éste fue quizás, el combate más largo y más difícil, librado con el objetivo de adueñarse de un papel que no deseaba, de vivir con gente a la que no amaba y que le parecía no comprender, para renunciar a las altas glorias del estudioso para las cuales se había preparado con el objeto, por fin, de obligarse a sí mismo a combatir a los otros. Pero si consideramos las victorias obtenidas sobre sí mismo y sobre los otros y su voluntad probada hasta en las derrotas que debió sufrir, parece evidente que su carácter, de innegable rectitud, estaba templado para la lucha: por eso podemos afirmar con seguridad que pertenece a la familia de los guerreros de este siglo de guerras.

Volvemos a encontrar la paradoja de Calvino en otro lugar: en su humilde situación con respecto a sus contemporáneos. Calvino, como la mayoría de los reformadores (Lutero y Zwinglio, por ejemplo) no ocupa ninguna función que lo eleve por encima de los otros. Es cierto que en Ginebra es el pastor de los pastores (el "moderador", se dirá más tarde) pero es una situación de hecho y es, en realidad, poca cosa; oficialmente, no es más que un pastor entre otros pastores, nombrado y mantenido por la autoridad civil. Antes de ser acogido más tarde (en 1559) entre los burgueses de la ciudad, no tiene ningún derecho civil. Y ¿qué es Ginebra, minúscula república cuyos límites apenas trascienden los de una ciudad escasamente poblada, frente a los grandes estados territoriales, a los reinos, al Imperio?

Quizás en esta aparente debilidad esté, en parte, la fuerza de Calvino. Porque de este modo es más libre. Sin ataduras, sin responsabilidades civiles, no tiene que rendir cuentas a nadie: sin embargo, esto no le impedirá jugar un papel determinante en su ciudad adoptiva. Y el modesto puesto que ocupa Ginebra en el tablero de la gran política permite a Calvino transformarla en tribuna tanto más eficaz por cuanto no está ligada a ningún partido.

Con todo esto, Calvino no fue sólo un protagonista de su tiempo. En efecto, después de su muerte, su influencia se ejerció fuertemente por diversos y a veces inesperados caminos y, bajo muchos aspectos, se hace sentir todavía hoy. No sólo porque el protestantismo definido e instituido por él subsiste después de tantas vicisitudes y está en continuo desarrollo sino porque la acción de Calvino ha superado, con sus resultados, los límites relativamente estrechos de la Iglesia o de las Iglesias que responden a este nombre. Calvino contribuyó a dar al cristianismo, aún a aquel que no le pertenecía, un respiro, un dinamismo, un impulso que le faltaban desde hacía tiempo y que Lutero por sí solo no habría podido darle. Todavía más; ha propuesto al mundo una ética, es decir una concepción del hombre tomada de las fuentes del Evangelio y del Humanismo, una concepción de la vida individual y colectiva que condujeron a un nuevo comportamiento moral y social. También en este aspecto, Calvino se hizo intérprete de un siglo que se buscaba a sí mismo, comprendió sus aspiraciones y le dio en parte una respuesta. Si bien no es, como se ha pretendido, el padre del capitalismo —aunque estuvo ligado a su nacimiento— debe verse en Calvino a uno de los promotores de la sociedad moderna. En las páginas siguientes precisaremos las formas —por otra parte muy diversas— de la acción del reformador en el cuadro histórico en que se ejerció. Pero es importante subrayar inmediatamente el hecho de que esta acción se desarrolló simultáneamente sobre diversos planos: el del pensamiento teológico, el de la organización eclesiástica, el de la política religiosa y, por lo tanto, de la política general, el de la vida económica y social y también el de la creación literaria (no olvidemos que Calvino, que escribía tanto en latín como en francés, fue uno de los más grandes escritores en prosa de lengua francesa, como Lutero lo fue para la lengua alemana). Estos diversos planos están tan estrechamente ligados que aislarlos sería perder al mismo tiempo la comprensión de la obra de Calvino. Sin embargo, no nos aventuraremos demasiado en la interpretación teológica de esa obra, por cautivadora e importante que sea. Ya que en definitiva, si bien toda la acción de Calvino está inspirada, determinada por sus concepciones teológicas, lo que cuenta a los ojos del historiador es, antes que nada, esta acción.

Una educación convencional

Calvino desilusionará siempre a aquellos que tratan de explicar la vida de un hombre por el ambiente en el cual ha vivido. Poco se sabe de la familia de Calvino, de la personalidad de sus padres, de la burguesía de Noyon en medio de la cual creció, pero lo poco que se sabe basta para advertir la escasa importancia que tendrá este ambiente inicial sobre el hombre en que se convertirá Calvino. La familia se ocupaba tradicionalmente en tareas artesanales; el abuelo había sido barquero en los ríos del norte de Francia y dos tíos fueron a ejercer el mismo oficio a París. El padre, Gerard Cauvin (siguiendo la moda humanista, su hijo latinizó el patronímico en *Calvinus*, donde se originó la nueva forma del nombre con el que se lo conoció siempre) tuvo el mérito o la fortuna de ascender algunas gradas de la escala social, por los pocos estudios que había hecho y por la fe que supo suscitar en el obispo de Noyon y en el cabildo de la catedral que le permitieron asumir los honorables cargos de procurador del tribunal obispal, de agente fiscal, de secretario del obispo y de procurador del cabildo; gracias también, a su matrimonio con Jeanne Le Franc, hija de un rico posadero de Cambrai. Calvino nació pues, el 10 de julio de 1509, en el sólido hogar de un notable de provincia.

Habiendo adquirido el rango de notable de provincia, Gerard Cauvin quiso dar a su hijo una condición todavía mejor. Con la protección del clero, que pronto le asegurará sustanciosos beneficios, el joven Calvino se encuentra frente a una brillante carrera eclesiástica.

El muchacho responde a los deseos del padre, mostrándose dotado, esmerado y perfectamente dócil. Por eso, a los catorce años, en 1523, lo mandan a París para que prosiga sus estudios. Durante los primeros tiempos es huésped de su tío; un año después, es admitido en el célebre y austero colegio de Montaigu, en el que lo habían precedido Erasmo y Rabelais y donde se le reunirá en 1528, como externo, Ignacio de Loyola. Se trataba de un colegio en el que se observaba estrictamente la teología católica y reinaba en él una disciplina tan severa que llegaba a ser inhumana. Ávido de conocimientos y convencido de que el régimen disciplinario al que debe someterse favorecerá el desarrollo de su espíritu y el ejercicio de la memoria, Calvino lo acepta humildemente. Indudablemente, esta estadía de cuatro años en Mointaigu, templó el carácter del adolescente, acostumbrado para siempre a la austeridad de costumbres y a la incondicionada sumisión del cuerpo al espíritu; pero también adquirió allí un

sólido conocimiento de la teología —desde los Padres de la Iglesia a los Doctores de la escolástica—, utilizado después con absoluta seguridad gracias a su extraordinaria memoria. Pero por cierto, no fue aquel el lugar donde pudo ejercitar su sentido crítico y apreciar el humanismo, cuyos diabólicos errores, por el contrario, le eran revelados por sus maestros.

Sin embargo, después de haber alcanzado el grado de *maître ès arts* luego de cuatro años de duro trabajo (1528), siente que no puede aún dominar suficientemente ni los conocimientos ni el espíritu de su tiempo.

Una época agitada

Nadie se asombrará de que Calvino, a los diecinueve años, haya sido sensible a los problemas de la época. El desarrollo económico, puesto en marcha a comienzos del siglo, se detiene; hay guerras por todas partes, que empobrecen las poblaciones; tanto en Francia como en otras partes, el horizonte político es incierto. Pero es sobre todo el mundo de las ideas, el viejo edificio de la fe católica, el que comienza a ser sacudido en Francia. Las sugerencias de reforma evangélica, todavía tímidas, enseñadas desde hacía tiempo por Lefèvre d'Etaples o predicadas por el obispo de Meaux, Guillaume Briconnet, y por sus discípulos a un auditorio restringido pero seducido y atento, habían recibido el apoyo inesperado —y poco deseado—, de las ideas y los actos revolucionarios de Lutero, sus amigos y de las masas sublevadas por ellos en Alemania. Las tesis de Lutero y su dramático eco sacaban el debate de los cenáculos, lo introducían en las universidades y en seguida lo hacían descender a las calles. Se le mezclaba la política —a pesar de los esfuerzos de pacificación del rey Francisco I— y también la justicia: ¿acaso el gentilhombre humanista Louis de Berquin, compatriota de Calvino, traductor de Erasmo y de Lutero al francés no había sido conducido dos veces ante la justicia (la tercera, en 1529 será condenado y quemado vivo) y el grupo de Meaux no había sido dispersado, y sus miembros obligados a refugiarse en un lugar seguro? La facultad de Teología de la Sorbona había tomado una posición netamente reaccionaria frente al movimiento de Reforma, asimilado por la mayoría con la revuelta luterana.

El estudiante Calvino no puede ignorar lo que sucede ni permanecer indiferente. Tanto más cuanto que en su tiempo libre frecuenta, a pesar de sus maestros, el ambiente elevado del humanismo parisiense, como la biblioteca del médico Guillermo Cop —de Basilea— íntimo de Guillaume Budé: no puede haber dejado de sentir discutir y, a veces, aprobar las nuevas propuestas.

Sin embargo, por el momento, permanece "obstinadamente dedicado a las supersticiones del papado", como afirmará más tarde. En 1539, escribe: "Yo continuaba como había comenzado cuando se elevó una forma de doctrina bien diversa. Pero yo, ofendido por esta novedad, le presté atención con mucha pena y confieso que al principio la combatí valientemente. Porque —como todos los hombres son por naturaleza tercos y obstinados en conservar las instituciones que han recibido una vez— me irritaba confesar que me había nutrido durante toda mi vida con el error y la ignorancia. Y también me impedía creer en aquella gente la reverencia por la Iglesia". Calvino no cedía, pues, a la tentación de la novedad. Pero su conciencia, como la de muchos de sus compañeros, no está menos agitada: "De todos modos estaba muy lejos de una cierta tranquilidad de conciencia", reconocerá en el mismo texto.

Un humanista entre otros

Quizás fue esta turbación indefinible, quizás el deseo de desarrollar mejor que en Montaigu una personalidad que él sabía dotada, o quizás simplemente la voluntad del padre, lo que decidió a Calvino a buscar una forma de conocimiento y un método de pensamiento diferente. De cualquier manera, comienza los estudios de derecho y se traslada a Orléans para escuchar a los mejores juristas de la época. Si bien continúa practicando para sí la disciplina austera y mortificante que le había sido inculcada, su carácter alegre y afable inspiran la amistad y la confianza: sus compatriotas lo eligen procurador de la "nación" picarda en la Universidad; sobre todo, entabla una estrecha amistad con su profesor de griego, el humanista alemán Melchior Volmar. Esta amistad podría comprometerlo: en efecto, Volmar es conocido por sus convicciones luteranas. Calvino, lleno de respeto por las opiniones de su maestro pero inquebrantable en su devoción —si no en su fe íntima— no se preocupa por eso. Sin embargo, sigue a Volmar a Bourges, a lo de Margarita de Angulema, y allí termina sus estudios de derecho.

Calvino sabe que se encuentra frente a una elección decisiva y duda: por el momento, no lo atraen las argucias jurídicas ni las controversias religiosas. Su única aspiración es llevar la vida tranquila de un hombre de iglesia al que los beneficios ponen al resguardo de todas las preocupaciones materiales y la de un erudito inmerso en los libros. Guiado por Volmar, ha descubierto el nuevo gusto de la filología. Esta etapa en el camino hacia la plena madurez es importante para Calvino, por dos razones. En primer lugar, porque la filología, el estudio crítico de los textos antiguos, no sólo de su forma sino también del pensamiento que revelan y animan, es la ciencia humanista por excelencia. Los humanistas de fines del siglo XV y del XVI, forjaron, a través de los textos antiguos, una nueva concepción del mundo, fundada sobre todo lo referente al hombre: su cuerpo, su espíritu, sus necesidades, sus aspiraciones. Con el Humanismo, Dios cede a los hombres el primer lugar en la curiosidad y en las preocupaciones. Para Calvino, este encuentro algo retrasado con el Humanismo será fundamental porque lo llevará a decidir sus elecciones futuras. Es la preocupación por el hombre, por su salvación en Dios pero por el hombre mismo, lo que hará que Calvino adopte la Reforma, dándole su propia impronta.

La suya será una teología del hombre o, mejor dicho, una teología para el hombre: conducirá a una visión antropológica del mundo, sensible en los mayores escritos del reformador pero mucho más notable en su acción y en su influencia. Éste será el significado de su adhesión al humanismo de su tiempo. Pero, más que en los estudios de teología o de derecho, ejercitará su inclinación por la filología en la lectura precisa y en la penetrante interpretación de los textos y más particularmente de los libros de la Sagrada Escritura.

Mientras tanto, en la vida de Calvino tiene lugar un acontecimiento que no fue ciertamente determinante pero que pudo haber tenido un cierto efecto sobre su espíritu vacilante. En la primavera de 1531, es llamado imprevistamente a la cabecera de su padre, que muere el 26 de mayo. Pero este fiel administrador de los bienes de la iglesia de Noyon, muere excomulgado. No por ninguna audacia de hereje, sino luego de un oscuro caso de sucesión que lo ha puesto en discordia con sus señores y con los protectores de su hijo. El caso se resolvió con un acuerdo amistoso pero Calvino y sus familiares debieron dar pasos humillantes.

Con su parte de herencia y sus beneficios, Calvino regresa a París y, siguiendo el nuevo camino emprendido, va a escuchar al *Collège de France* a los lectores reales que Francisco I ha instituido para oponerse a los doctores de la Sorbona; escucha así al helenista Danès, al estudioso hebreo Vatable y a Guillaume Budé. Frecuenta con asiduidad los círculos de jóvenes eruditos muy brillantes y sabe hacerse apreciar. Traba amistad con un brillante teólogo de ideas relativamente avanzadas, Nicolás Cop, hijo del médico Guillaume Cop, al que había conocido durante su anterior estadía en la capital.

Pero consagra la mayor parte de su tiempo a un trabajo personal que ha emprendido y con el que quiere afirmar su dominio de los conocimientos y del método adquiridos: ejercita sus dones en un tratado de Séneca, el *De Clementia*, del que prepara una edición abundante y vivazmente comentada; con el ejemplo de Erasmo, subraya la afinidad espiritual natural entre

1. Colegio de los notarios y secretarios del rey en el siglo XVI.
París, Bibl. de l'Arsenal (Snark).

2. La ciudad de Orléans.
París, BN (Snark).

1



2



1. *Calvino, joven estudiante. Hanau, Bibl.* (Snark).

2. *Lefèvre d'Etaples.*

el estoicismo y el Evangelio, valiéndose de la autoridad de San Agustín. El *De Clementia*, rápidamente concluido, sale de la imprenta en abril de 1532: es la primera publicación de Calvino.

Las etapas de una conversión

Las amistades y las ligazones entabladas en París a partir de 1531 son índices precisos de la evolución de la posición religiosa de Calvino. Ya está lejos de la nebulosa reserva en la que se atrincheraba dos o tres años antes, cuando se trasladara a Orléans. El ambiente que frecuenta ahora, si bien no puede ser sospechoso de herejía, no se abstiene de declarar sus propias aspiraciones reformadoras, y Calvino las comparte. Muy lejos todavía de rechazar la autoridad de la Iglesia, comienza a poner en duda ciertos valores a los que ella particularmente se aferra: los actos de devoción puramente rituales, el abusivo recurso a la intercesión de los santos, la excesiva importancia que se da a las obras, las especulaciones escolásticas que alejan demasiado a la teología del hombre y no dejan curso suficientemente libre a la iluminación personal. El humanista en el que se ha convertido Calvino ya no encuentra suficiente lugar —en una Iglesia en la que todo es institución—, para el acontecimiento personal, la presencia del Espíritu Santo, que él siente en sí mismo.

En este sentido, Calvino se afirma como discípulo de Lefèvre d'Etaples y del grupo de Meaux; aprecia enormemente la audacia, oculta tras el encanto de la poesía, de Margarita de Angulema cuyo *Miroir de l'âme pécheresse* (Espejo del alma pecadora) refleja con discreción los temas de la mística luterana y justamente en este año de 1531 es objeto de delicia para los espíritus penetrantes.

Calvino y sus amigos son alentados por la posición indulgente del rey en el camino que, sin prisa y sin gestos espectaculares, comienzan a recorrer. En Alemania se enfrentan los príncipes luteranos y los fieles del emperador —ha sido fundada la Liga de Esmalcalda (1531)— y la controversia religiosa toma un aspecto político. En Francia no parece posible nada semejante porque el rey mantiene mejor el gobierno en sus propias manos de lo que puede hacerlo Carlos V, que posee un inmenso imperio pero dividido en principados celosos de sus prerrogativas feudales. ¿Quizás Francisco I no está tan seguro de sí mismo como para proponer al emperador su acción mediadora para la búsqueda de un compromiso entre católicos y protestantes? ¿Y eso no significa, quizás, que admite la existencia de estos últimos, si no directamente la exactitud de sus afirmaciones? El momento parece, pues, favorable, en la misma Francia, para la realización de una reforma que habría debido efectuarse en el seno mismo de la Iglesia.

Éstas fueron, probablemente, las consideraciones de Calvino, de Nicolás Cop y de sus compañeros en el transcurso de 1533. Pero se equivocaban y su error de juicio debía llevarlos mucho más lejos de lo que hubiesen deseado sinceramente. Nicolás Cop era entonces rector de la Universidad de París y debía, en cuanto tal, pronunciar un sermón de reapertura el día de Todos los Santos en la iglesia de los Mathurins. Durante mucho tiempo se creyó que este célebre discurso era obra de Calvino: si no fue así, al menos contribuyó con los consejos prodigados al autor, con las citas de Erasmo y Lutero que recomendó insertar con absoluta buena fe. Ciertamente, ni una sola frase dejó de ser valorada por los dos, a fin de prever el alcance real que podían tener.

El discurso pronunciado el 1º de noviembre no nos parece violento, y mucho menos revolucionario; está totalmente impregnado de una dulzura un poco melindrosa, de una delicada ironía ("Bienaventurados los pobres de espíritu" fue recordado en la docta asamblea, y el sermón se desarrollaba sobre este tema). Se pide con insistencia el retorno a la pureza del Evangelio y esto demuestra que las intenciones que animaban al orador —y por otra parte, al mismo Calvino— eran las de una renovación interior de la Iglesia y no de ruptura con ella. No obstante esto, el escándalo fue inmediato e inmenso. Cop debió escapar. También Calvino, que se había vuelto sospechoso y que corría el peligro de ser arrestado, desapareció. Encontró refugio primero en Chaillot, en los alrededores de París, luego en Angulema, junto a un amigo canónigo, cuya biblioteca le ofrecía la posibilidad de estudiar. No se sabe con exactitud qué hizo en los meses siguientes. Pero, por lo que parece, las esperanzas destruidas y el pasaje a la vida clandestina hicieron madurar en él el proyecto de una acción precisa. Ya que se lo perseguía por sus opiniones, se consagraría a su triunfo, renunciando, al menos por un tiempo, a sus ambiciones de erudito: "Habiendo recibido, pues, un cierto gusto y conocimiento de la verdadera religión, me sentí súbitamente inflamado por un deseo tan grande de sacarle provecho que, aunque no abandoné del todo mis otros estudios, me dediqué a ellos con menor empeño".

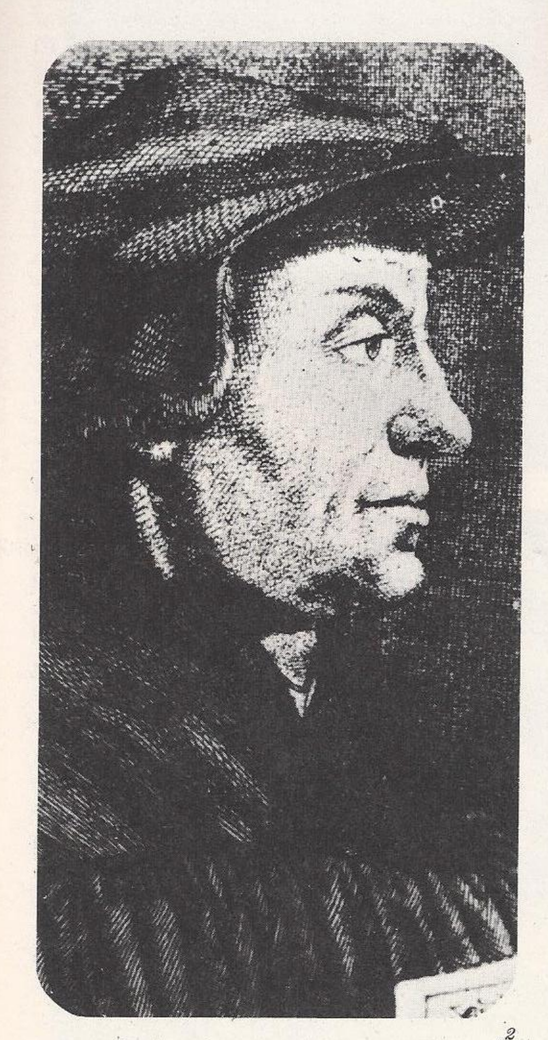
Esta renovación, cuya propuesta había sido mal acogida, se convertiría en su acción principal, sistemática, realizada con los escritos y con la palabra. A través de los escritos: fue sin duda durante su estadía en Angulema cuando pensó en reunir los elementos de un pensamiento todavía confuso para convertirlos en una obra que serviría como base para todas las discusiones y como reunión de todos los reformadores franceses: la *Institución Cristiana*, su obra más importante, ya estaba concebida. A través de la palabra, pero con menor entusiasmo: "Ahora, me asombró mucho que, antes que pasase un año, todos aquéllos que tuvieran deseos de la pura doctrina vinieran a mí para aprender, aunque yo mismo estaba en el comienzo. Por mi parte, siendo por naturaleza un poco huraño y tímido, y habiendo amado siempre el retiro y la tranquilidad, comencé a buscar escondites y el medio de alejarme de la gente. Pero lejos de apagar mi deseo, al contrario, todo retiro y lugar apartado eran para mí como escuelas públicas. En síntesis, mientras mi fin había sido siempre vivir en privado sin ser conocido, Dios me llevó a paseo y me hizo girar por tantos cambios que, a pesar mío, Él no me ha dejado reposar en ninguna parte hasta que, contra mi naturaleza, no me ha iluminado y hecho, como se dice, entrar en el juego". En vano busca, pues, escapar a los nuevos deberes. En Nérac, donde se detiene, próximo a la reina de Navarra y al viejo Lefèvre, los reformadores agrupados alrededor suyo lo escuchan con atención y hacen nacer en él una vocación de maestro, de doctor, que a su pesar, sentirá el deber de seguir.

Así, sin que lo haya querido verdaderamente, la elección de Calvino está dada, dictada por las circunstancias, por la hostilidad de los teólogos de París y por el aliento de su compañía. Obrando al margen de la ortodoxia católica, cree afirmar convicciones adquiridas anteriormente y no piensa en que es infiel a alguien o a algo. Sigue su camino en el único modo que le parece honesto y a toda costa. En la pureza de la línea que lo lleva a enfrentar a la Iglesia, hay una simplicidad que difiere del gesto espectacular de Lutero y de su solemne ruptura con Roma quince años atrás. Calvino no advierte inmediatamente, y lo hará sólo poco a poco, la distancia que lo separa del propio pasado. Será perfectamente sincero cuando afirme al cardenal Sadoleto cinco años después: "Por lo que a mí respecta, siempre he confesado públicamente la fe cristiana como la he aprendido desde mi juventud". En efecto, en ningún punto del itinerario espiritual de Calvino aparece una solución de continuidad, una ruptura. Hasta cuando el 4 de mayo de 1534, seis meses después del escándalo de la iglesia de Mathurins, resigna todos sus beneficios en favor de los canónigos de su ciudad natal, Calvino no cumple un gesto simbólico sino que da un paso natural en un hombre consecuente consigo mismo: ya no podría mantenerse con los recursos de una Iglesia cuya verdad ha dejado de reconocer.

Una obra capital, nacida de una vida errabunda

Desde su presurosa partida de París en

1. *Ulrich Zwinglio.*
2. *La ciudad de Basilea.*
3. *Un Suizo, dibujo de A. Dürer.*



2

noviembre de 1533 hasta la imprevista residencia en Ginebra en julio de 1536, la vida de Calvino fue la de un hombre errante. Deteniéndose un poco acá un poco allá, conoció la existencia del proscripto pero también conoció países y gentes. Este período tan movido no será estéril.
Los raros testimonios que se poseen, concuerdan en establecer un itinerario preciso. Parece que en el curso de 1534, Calvino pasó, al menos en primavera, por París, a pesar del riesgo que corría de sufrir persecusiones, regresando en seguida a Angulema y luego a Poitiers. En realidad, el riesgo había disminuido. Francisco I continuaba dando pruebas de su mansedumbre para con aquéllos que eran considerados heréticos. Pero la mansedumbre terminó en octubre, con el desencadenamiento del asunto de los *placards*: libelos en forma de manifiestos, impresos en el principado de Neuchâtel (actualmente cantón suizo), que vituperaban con la vehemencia del lenguaje común en aquella época "los horribles, grandes e insoportables abusos de la misa papal", habían sido distribuidos por toda Francia y fijados en el castillo de Amboise, sobre la misma puerta de la cámara del rey. Éste perdió la paciencia y dejó que el parlamento procediera contra los sospechosos de herejía luterana. Se anunciaba una oleada de persecusiones: Calvino, como muchos de sus amigos, creyó preferible abandonar Francia. Fue primero a Estrasburgo, y luego, en los últimos días del año 1534 o en los primeros del 1535, llegó a Basilea.

En la ciudad suiza, Calvino entró en contacto con un rico ambiente de humanistas, en los cuales había dejado una profunda marca la personalidad de Erasmo, como así también con una rama de la Reforma muy diversa de lo que había podido conocer en Francia y a lo que conocía del luteranismo. Oecolampade, el reformador de Basilea, era un discípulo de Zwinglio, cuya influencia se había extendido desde Zurich a la mayor parte de Suiza pero no a los cantones montañosos ni al de Lucerna, lo que había ya dado origen a dos guerras entre cantones protestantes y católicos, en las cuales había encontrado la muerte el mismo Zwinglio, en 1531.

Había seguido luego un acuerdo que aseguraba a la Confederación una precaria paz confesional. La reforma de Zwinglio era la más radical de todas; no sólo rompía toda ligazón con Roma suprimiendo las jerarquías porque no estaban de acuerdo con el Evangelio, sino que llegaba a negar la presencia real de la Eucaristía: los sacramentos, bautismo y Cena, permanecían como símbolos. Zwinglio había hecho desaparecer las imágenes de la Iglesia y había reducido el culto a la simple lectura de la Biblia, seguida por un sermón y por la Cena. Además, Zwinglio había ejercido una enorme influencia sobre el gobierno civil de Zurich, dando así el ejemplo de un estado en el que la política y la religión se unían hasta confundirse.
Parece que Calvino se sintió seducido o, de cualquier modo, impresionado por el ejemplo de sociedad reformada que había descubierto en Basilea, que se adecuaba, más o menos, a la imagen que se había construido en los últimos años. Poco a poco sus intenciones se habían precisado, y el libro decisivo que meditaba se había bosquejado en su mente. Calvino aprovechará la estadía en Basilea para redactarlo.

La "Institution de la Religion chrétienne"

Al escribir esta obra, que debía afirmar su autoridad sobre el protestantismo de lengua francesa, Calvino se proponía lograr un doble objetivo: en primer lugar, ofrecer a todos aquéllos que aspiraban a la piedad evangélica, una especie de manual del cristiano reformado; más allá del rechazo del catolicismo romano, construir una nueva ciudad de Dios, instituir una religión cristiana viviente en el corazón mismo de los fieles pero exigiéndoles una adhesión interior; definir, sobre la base de las Escrituras, los principios de la Reforma tal como él los concebía. Se dirigía, pues, en primer lugar, a aquéllos que, cada vez más numerosos tanto en Francia como en el exilio, reafirmaban su confianza en él y esperaban sus lecciones. En segundo lugar, Calvino quería convencer a los que no aceptaban la Reforma, demostrando su estrecha conformidad con la voluntad de Dios, expresada en la Biblia y que la tradición cristiana había trastrocado poco a poco: "Es preciso que nuestra doctrina sea elevada por sobre toda gloria y potencia del mundo. Porque no es nuestra, sino del Dios viviente de su Cristo...", no teme escribir a Francisco I, a quien está dedicado el prefacio. La fuerza de persuasión que inserta en su obra se acrecienta por el espectáculo de las persecusiones a que son sometidos en Francia sus seguidores y por los ataques dirigidos contra las ideas que él sostiene. "Viendo —escribe todavía al rey— que el furor de algunos perversos se ha vuelto tan grande en tu reino hasta el punto de no dejar lugar a ninguna doctrina sana, me ha parecido necesario hacer utilizar este libro tanto de instrucción para aquéllos a quienes había decidido enseñar en primer lugar, como de confesión de fe hacia ti, a fin de que tú conozcas la doctrina contra la cual se han encendido de rabia furiosa aquéllos que turban tu reino con las ramas y el fuego"
No se podría explicar mejor y más brevemente que el mismo Calvino, todas las intenciones de la *Institución cristiana* ni rendir mejor cuenta de la importancia y del éxito inmediato que el libro tuvo. No sólo los protestantes, inseguros todavía acerca de la forma que debían adoptar sus ideas, encontraron expuesta en él una doctrina coherente y completa, sino que también sus adversarios pudieron ejercer su inspiración sobre un objeto preciso. La *Institución* refleja, sin duda mejor que ninguna otra obra de la Reforma, las nuevas ideas, cristalizándolas en un todo orgánico. Si bien, discutida y rebatida por los teólogos protestantes de otras tendencias, se convirtió desde su aparición en el estandarte de la Reforma.
Esto era precisamente lo que se había propuesto Calvino al redactarla en latín para que tuviese una difusión universal. La obra, terminada en el año 1535 (el prefacio lleva la fecha del 23 de agosto), salió de las prensas de un tipógrafo de Basilea en marzo de 1536. Era un volumen de 516 páginas pero de formato pequeño, fácil de manipular, fácil de esconder para los vendedores ambulantes que inmediatamente, desafiando la censura y la policía, lo difundieron por toda Francia: la primera edición se agotó en nueve meses.
Por su lengua —el latín— y su contenido, el libro se dirigía a una élite. Para que pudiese ser leído por los pastores y los fieles que no conocían el latín en su país, Calvino mismo la traducirá al francés en 1541. Esta nueva versión, revisada nuevamente en 1560, es la mejor conocida y la más citada; el autor demuestra un conocimiento de la lengua y una facilidad de estilo que hacen de ella, en la mitad del siglo XVI, uno de los primeros manumentos en prosa del francés moderno: "Damos a Calvino esta gloria de haber escrito mejor que cualquier hombre de su siglo", proclamará en el siglo siguiente Bossuet quien, ciertamente, no puede ser acusado de complacencia hacia el reformador...

El camino de Ginebra

Ya desde antes de la publicación de su libro y con mayor razón después, Calvino es reconocido como la guía espiritual innegable de la reforma francesa en lo que ella tiene de más radical. Calvino siente el peso de esta responsabilidad: debe convencer a los reformistas a considerarse tales a pesar del peligro de las persecusiones; pero debe también preparar su refugio en las localidades seguras que rodean al reino. Dedica a estas tareas los primeros meses de 1536. Se detiene en Ferrara, donde la duquesa d'Este, Renata de Francia, demuestra una simpatía más o menos abierta por los reformistas. En junio regresa a París, luego de un período de suspensión de las persecusiones. Finalmente, decide establecerse en Estrasburgo y tomar allí una residencia estable: esta ciudad, conquistada al protestantismo, ¿no es tal vez el mejor refugio y un observatorio ideal?
Pero el camino directo de París a Estrasburgo no es seguro. Aunque deba perder unos días en viaje, Calvino prefiere hacer

un rodeo por Ginebra hacia los cantones suizos y el valle del Rin, sin detenerse por el camino. Así llega, una tarde de julio de 1536 a las puertas de Ginebra y pide alojamiento por una noche en el albergue. Permanecerá allí durante dos años, además de pasar allí también los últimos veintitrés años de su vida.

Ginebra defiende su libertad

En el momento en que Calvino llega a Ginebra se están produciendo allí una serie de acontecimientos: el obispo de la ciudad, que era también el príncipe temporal, no había podido reconquistar el poder del que los burgueses se habían apoderado, durante su ausencia, en 1534. Sólo dos meses antes, el 21 de mayo, la asamblea general de ciudadanos había aceptado oficialmente la Reforma.

Ginebra, ciudad del imperio y principado episcopal, había podido conservar durante siglos su independencia; por mucho tiempo, la escasez de la población y su función de mercado regional la habían salvaguardado. En el siglo XVII comenzaron a desenvolverse las ferias internacionales. Las razones de este progreso residían en su cómoda situación al pie de los Alpes, sobre el eje de circulación que unía a Italia con los países del mar del Norte, que eran los dos espacios económicos más activos de Europa.

Las libertades de que se valía así como también los privilegios acordados a los comerciantes por el obispo y por los señores de las tierras limítrofes, habían facilitado un impulso que, a su culminación, a fines del siglo XV, era notable: junto al tráfico de los comerciantes que animaban las ferias de Ginebra, la ciudad era sede, por mérito de los hombres de negocios italianos, de un centro bancario, privilegiado entre todos.

Esta brillante situación se había alterado un poco en la segunda mitad del siglo XV y comienzos del siglo XVI, debido a las modificaciones que el equilibrio económico europeo había sufrido poco a poco y al hecho de que la feria de Lyon, promovida por el rey de Francia, había atraído gran parte de los negocios que en un tiempo se realizaban en Ginebra. Sin embargo, en la época que nos interesa, ésta conservaba un lugar, un prestigio y una riqueza notables, que estimulaban, desde hacía tiempo, las ambiciones de un poderoso vecino, el duque de Saboya, que poseía algunos derechos en la ciudad y soñaba con convertirla en la prestigiosa capital de sus estados. A la espera de esto, había sabido colocar en el trono episcopal hombres de su propia familia o de su corte.

Los ginebrinos habían reaccionado contra estas maniobras y estas pretensiones, apoyándose en los temidos suizos, rehusándose a reconocer la autoridad temporal y espiritual del obispo.

La Reforma había penetrado rápidamente en Ginebra. Algunos comerciantes alemanes que participaban en las ferias hicieron conocer en privado las ideas de Lutero. Se formó una comunidad turbulenta que alentaba la hostilidad de la población hacia el príncipe-obispo. Los incidentes se sucedieron, sobre todo después de la firma, en 1528, de un tratado de coburguesía con Berna, que había adoptado la Reforma desde hacía tiempo. A pesar de la insistencia de una parte de la población, fiel a la religión tradicional, la situación estaba en continuo desarrollo cuando llegaron, en 1532, dos famosos predicadores protestantes: Pierre Viret, de la cercana región de Vaud y sobre todo, Guillaume Farel.

No hay, por cierto, un protagonista de la Reforma más vivaz que Farel. Junto a Calvino, de quien se convertirá en íntimo amigo y fiel compañero, contrasta de modo impresionante: casi podríamos recurrir a la imagen de Don Quijote y Sancho Panza. Farel tiene un temperamento en ebullición, impetuoso, de una energía física y moral poco común. Este montañés del Delfinado, ardiente en la lucha a la que se entregaba apasionadamente, capaz de acallar a quien quisiera gastarle bromas groseras o de hablar en la cátedra durante horas y horas para impedir que su opositor tomara la palabra, era, sin embargo, un humanista, que había hecho la experiencia del cenáculo de Meaux donde había decidido su vocación de reformador. Había viajado y predicado mucho, en Francia y en la Suiza romance. Éste era el hombre que, en el verano de 1536, llevó a la joven república de Ginebra al campo protestante.

La victoria había sido conquistada duramente —una parte de la población había preferido emigrar— y era preciso explotarla, pero Farel no se sentía capaz. Le gustaba combatir, pero no era un hombre de organización. Por eso, al enterarse por casualidad que el joven autor de la *Institución* que él había leído con entusiasmo, se encontraba en Ginebra, se precipita al albergue de Calvino y lo conjura a permanecer con él para ayudarlo. Calvino rechaza: tiene otros proyectos, quiere continuar sus estudios y su obra escrita. Pero el otro insiste con vehemencia: "¡Que Dios maldiga vuestros estudios y vuestro reposo si a ellos sacrificaréis la obra que Dios llama a cumplir! ¡También Jonás quiso huir del Señor y el Eterno lo tiró al mar!" ¿Qué responder a estos argumentos? Calvino, tembloroso, reconoce en ellos la llamada del Señor, y accede: "Y bien, permaneceré en Ginebra. Que se cumpla la voluntad de Dios".

Primera estadía en Ginebra

Los comienzos de la actividad de Calvino en Ginebra son modestos. "Lector de la Sagrada Escritura", tiene fundamentalmente la tarea de enseñar, de formar los cuadros de la nueva iglesia local. No es conocido en la ciudad, y el secretario del Consejo, es decir, del gobierno, lo indica como "aquel francés" para el cual se ha requerido un modesto estipendio. No hay duda de que Calvino quiso mantener reservas: no conoce todavía la sociedad, los individuos entre los cuales debe actuar, su mentalidad y sus problemas. Debe habituarse también a una nueva situación: la de trabajar no ya entre gente unida por una fe personal, aceptada y asumida en la conciencia, sino en medio de una comunidad numerosa que en conjunto sólo ha aceptado pasivamente las nuevas formas de la piedad, con voto unánime pero conformista. En Basilea, Calvino había conocido una situación similar, pero no se había ocupado de ella, no conociendo, por otra parte, la lengua del pueblo.

Lo aguarda, por lo tanto, no sólo la tarea de fortificar las almas ya maduras, sino de atraerlas y hacerlas salir de la indiferencia. Como se comprenderá, es una tarea difícil. Calvino observa. Observa también a las iglesias suizas, sobre todo la de Berna, que opera en la región de Vaud, que la poderosa república ha conquistado. Por otra parte, participa modestamente con su presencia en esta obra en la disputa de Lausana, en octubre de 1536.

Pero sus reservas no duran mucho tiempo. No es hombre de conservarlas; es seguro de sí, sabe lo que debe hacer y mide su propia superioridad moral e intelectual con respecto a los otros pastores de Ginebra, mediocres en su gran mayoría. Humilde frente a Dios, es autoritario frente a los hombres. Aproximadamente al fin de este año, o a más tardar, a comienzos del 1537 ha conquistado tal ascendiente entre sus colegas y sobre el mismo Farel que aparece a sus ojos como un jefe o maestro. Inspirándoles respeto, haciéndose temer, los transformará en pastores eficaces.

Los *Artículos* propuestos al Consejo en enero de 1537 para servir de constitución a la Iglesia, son ya obra suya, al menos en lo fundamental. En ellos se invita con firmeza al Consejo a hacer respetar el orden y la religión, de acuerdo a lo dispuesto por las Escrituras. Los pastores reconocen que el gobierno de la Iglesia corresponde a las autoridades civiles; pero éstas deben como primera medida, hacer observar las leyes por ellos instituidas. Ya está formulada toda la doctrina sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado que Calvino sostendrá de ahora en adelante. Aparece al mismo tiempo la preocupación, que será una constante, por la pureza de las costumbres, que el Consejo debe hacer respetar no sólo por el buen orden moral sino para que no sea profanado el sacramento de la Cena, al que los fieles son constantemente invitados para la consolidación de su fe. Inmediatamente, algunas de las principales tesis de la doctrina de

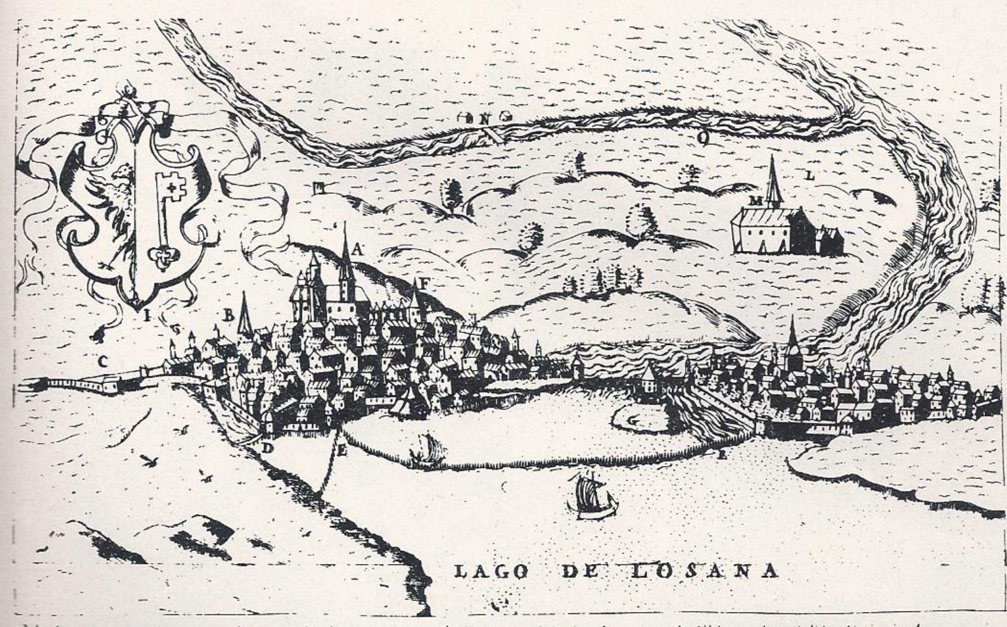
1. Guillaume Farel.

2. Ginebra, en 1567. París, BN (Snark).

En las páginas siguientes:

Luchas por las calles y masacres en París, bajo el reino de Enrique II y de Carlos IX. París, BN, Cabinet des Estampes (Snark).

1



Vedendo quanto il mondo sia hoggi di curioso di veder il sito e forma di Gineura, e io hauendone hauto uno molto fidele con gli nomi di luocchi piu signalati tutti qui soto rapresentatovi per alfabeto, non o voluto dunque mancar di quela solita amoreuolezza che sempre vio portata ch' è stato nel farui partecipe di tutto quelo io ho potuto.

A Chiesa di santo Pietro, B L' hospitale, C Il baloardo del Pino, D La porta della Riua, E Palificha accio non si gli accosta barche, G L' isola ch' è à mezzo il Ponte H Santo Geruaso, I Arma della Citta, K Il Rhodano, L il cimiterio delli amorbati, M Hospitale de gli apestati, N Ponte d'Arue, O Arue fiume

2


D
de
Meinn
Der Spanschen besatzung
Der Franzosen


PARIS
Mr Brison President



1



2



3



4



5

1. *Calvino. París, BN* (Snark).

2. *Martin Bucer, el reformador de Estrasburgo.*

3. *El cardenal Sadoleto. París, BN, Cabinet des Estampes* (Snark).

4. *Michel Servet. París, BN* (Snark).

5. *La antigua catedral de San Pedro en Ginebra. París, BN* (Snark).

Calvino encuentran aplicación en el "modelo" ginebrino.
En seguida, Calvino somete a sus colegas el texto de una *Instruction et confession de foi dont on use dans l'Eglise de Génève* [Instrucción y confesión de fe de uso en la Iglesia de Ginebra] en el cual se indican, para el uso de los fieles, las bases dogmáticas y eclesiológicas de la nueva religión que deben practicar. También aquí domina la preocupación por el orden y por la decencia, que expresa la voluntad de Dios frente a su creación.
Para que este orden divino fuera respetado, el clero debía estar dotado de medios psicológicos y de una autoridad de poder que sólo podía ser rebatida en el único caso de que el clero mismo cayese en el desorden de la herejía. Porque el orden no es sólo el de las costumbres, sino principalmente el respeto de la sana doctrina: toda la intransigencia de Calvino en tiempos posteriores, especialmente con respecto a Servet, se remitirá a este principio.
Por este lado, casi el único vulnerable, llegaron los primeros ataques contra Calvino de parte de sus correligionarios. Las controversias religiosas que se desenvolvieron en Ginebra en 1537, un proceso intentado a los anabaptistas, atemorizaron a los ginebrinos, que no estaban preparados para este tipo de debates; el pueblo, que todavía no está educado, encontraba pesadas las exigencias religiosas que los pastores pretendían imponer. Se produjeron vacilaciones, contemporizaciones por parte del Consejo, que se opuso a la amenaza de excomunión que Calvino levantaba contra los recalcitrantes.
Al comienzo de 1538, las elecciones anuales dieron el poder a quienes se habían dejado llevar por la animosidad contra Calvino y Farel. La inevitable prueba de fuerza resultó un fracaso para estos últimos. Expulsados el 23 de abril, Farel se fue a Neuchâtel donde se estableció para siempre y Calvino a Basilea primero y después a Estrasburgo.

El intermedio de Estrasburgo

Ciudad del imperio como Ginebra, de lengua alemana, pero vecina a Francia, Estrasburgo había visto afluir en el curso de los últimos años, a los protestantes franceses que venían a buscar refugio. El reformador de la ciudad, Martin Bucer, buscaba a alguien de su lengua que pudiese organizar e instruir a la comunidad; Calvino estaba disponible y él lo llamó. Los tres años que Calvino vivió en Estrasburgo fueron, sin duda, los más felices de su vida: allí se encontraba bien, como en su casa (se vuelve burgués: ¡inscripto en la corporación de sastres!). Sus colegas lo honraban y lo escuchaban, su auditorio lo seguía con admiración y simpatía. En Estrasburgo se casó, en 1540, con Idelette de Bure, viuda de un anabaptista de Lieja. Durante los nueve años de su matrimonio, Calvino rodeó a su mujer de un cálido afecto. Tuvieron un hijo, Jacques, que no sobrevivió.
Estrasburgo no fue para Calvino sólo un asilo de paz. Fue también ocasión de encuentros: en efecto, pudo trasladarse fácilmente a Alemania para participar en los grandes coloquios entre católicos y protestantes convocados en Francfort, Haguenau, Worms y Ratisbona por la autoridad imperial. Calvino tuvo oportunidad de encontrar allí a todas las grandes figuras del protestantismo alemán, fuera de Lutero, con quien no se encontró nunca. Por sus escritos y sus intervenciones, el heraldo de la Reforma francesa figuraba ya como un campeón del protestantismo en el plano europeo.
Sin embargo, todo esto dejaba a Calvino bastante tiempo libre para escribir y escribir mucho. De este período deben recordarse un vasto *Commentaire de l'Epitre aux Romains* [Comentario de la Epístola a los Romanos] —epístola cuya importancia es conocida en la reforma de Lutero— y un *Petit Traité de la Sainte Cène* [Pequeño Tratado de la Santa Cena]. Y también una obra de circunstancias, la *Epitre au cardinal Sadolet.* Este honesto prelado, discípulo de Erasmo, había dirigido al Consejo de Ginebra una carta conciliadora para incitarlo a entrar al rebaño de la Iglesia; Calvino era mencionado severamente y hasta acusado de ambición y avaricia. Impulsado por sus amigos, y por Ginebra misma, consintió en contestar públicamente en el verano de 1539 y lo hizo, con una nobleza muy lejana de la agresividad polémica que florecía por aquella época, para defender e ilustrar su propia concepción del ministerio y para justificar su elección. Éste es uno de los raros textos en que el reformador ha revelado los tormentos que su conciencia había conocido en un tiempo.

El difícil retorno a Ginebra

Esta respuesta clara y llena de dignidad había confortado a los ginebrinos. Muchos de ellos, que no habían olvidado a Calvino, deseaban que fuese llamado y él mismo seguía desde lejos los pasos vacilantes de la iglesia que había edificado. Allí las cosas andaban mal, el desorden se propagaba: Calvino aparecía como el único remedio. Dudando, cedió una vez más a las solicitudes, "cosa que hice con tristeza, lágrimas, gran solicitud y afán". El 13 de setiembre de 1541, está de regreso en Ginebra. Ya no se alejará de ella más que para algún breve viaje. Vuelve a encontrarse para siempre con estos ginebrinos que, decididamente, no se harán amar nunca por él.
Pero esta vez su situación ha cambiado. Si no ha regresado a Ginebra como vencedor, lo ha hecho al menos, partiendo de una situación de fuerza. En poco más de dos meses, redacta, hace aprobar y promulgar por el Consejo y por lo tanto por la asamblea de ciudadanos, las *Ordonnances eclésiastiques* que desde ahora en adelante serán el estatuto de la Iglesia de Ginebra y que serán reimpresas o imitadas por tantas otras iglesias. No es preciso decir que esto no fue fácil: el Consejo intentó defender sus prerrogativas hasta el fondo, pero no venció, y, a pesar de continuar gobernando la ciudad, en lo referente a la Iglesia, su deber siguió siendo hacer respetar los pareceres y las decisiones de los pastores. Por el contrario, el orden moral y religioso fue puesto bajo la especial jurisdicción del Consistorio, investido del poder de excomulgar o de imponer honorables multas a quien no lo respetase.
Las minuciosas disposiciones enumeran hasta las causas de desorden y su grado de gravedad, prevén las horas del culto, las visitas a los enfermos y a los prisioneros, y regulan muchas otras cosas. Se había, pues, establecido el cuadro dentro del cual se desplegaría toda la actividad de Calvino en favor de la comunidad que tenía a su cargo. Pero no por eso se habían allanado todas las dificultades y superado todas las oposiciones. Estaban, en primer lugar, los otros pastores, los colegas de Calvino. Y si bien algunos tenían realmente valor, otros carecían de los dones más elementales de su ministerio: algunos, mal preparados, se dejaban desviar voluntariamente por las opiniones contrarias a la doctrina enseñada, opiniones que continuaban circulando, echadas a correr por viajeros sospechosos y expulsados de todos lados; otros se conducían indignamente, cometiendo adulterio, robando, ejerciendo la usura; algunos, los más fastidiosos, celosos de Calvino, le tendían trampas continuamente y eran fácilmente apoyados por algunos de los fieles. De cualquier modo, casi todos poseían una escasa educación: fuera de algunos ex sacerdotes, eran hombres autodidactos, cuya sinceridad y disponibilidad los había conducido a la responsabilidad de la tarea de pastor, de la que ignoraban las reglas y aún la teología. Calvino debió pues instruirlos e instruir a los fieles. Todos juntos se reunían una vez por semana en congregación y, una vez cada uno, presentaban un problema de teología pastoral, mientras deliberaban, al mismo tiempo, sobre los asuntos de la Iglesia. Sólo gradualmente, gracias al gran esfuerzo realizado en el sentido de la preparación escolástica, se hizo posible un mejor reclutamiento.

La oposición de los Libertinos

Sin embargo, las peores dificultades provenían, sin embargo, de la comunidad de los fieles. Si bien una buena parte había aceptado confiarse para siempre a Calvino, aun sin comprender a veces sus argumentos, existía sin embargo una oposición que se

expresaba con claridad. Su debilidad residía en su heterogeneidad: algunos, sin atreverse a decirlo, tenían nostalgias del catolicismo; otros no soportaban la severidad de las costumbres y el control que se ejercía sobre las personas (estaban prohibidas la danza y la música profana, por ejemplo, o los vestidos de un lujo demasiado aparatoso). Pero los adversarios más irreductibles y más peligrosos de Calvino eran aquellos mismos que habían luchado por la independencia de su república y que la habían hecho adoptar la Reforma como símbolo de libertad y de desafío a sus antiguos amos. No estaban en contra del teólogo o del reformador, sino de esa personalidad demasiado fuerte que había mortificado a la ciudad. Se había formado así el partido de los llamados "libertinos", aunque esta palabra no tenía en este caso ninguno de sus significados actuales. No eran libres pensadores —era imposible serlo en medio de las pasiones religiosas desencadenadas en aquella época— y su conducta no era más indecentes que la de los otros, aunque fueran acusados en la polémica y por el mismo Calvino, de pensamientos blasfemos y de los más horribles vicios. Estaban disconformes, celosos, pensaban que se habían arrancado todos los frutos de su fatiga y aprovechaban todas las ocasiones propicias para repetirlo. Calvino los denunció inmediatamente desde 1545, en un libelo extremadamente violento *Contre la secte fantastique et furieuse des Libertins, qui se nomment spirituels*, que sólo sirvió para poner en evidencia una situación tensa y para cohesionar al partido de sus adversarios. Los incidentes estallaron: el mismo Calvino debió descender a la plaza para tratar de aplacar un tumulto, en 1547. En el mismo año fue ajusticiado uno de sus enemigos al que se había demostrado culpable de propaganda contra el orden establecido.

Es necesario establecer que no se trataba únicamente de Calvino y de su influencia; hasta cierto punto, cristalizaban contradicciones que se fundaban sobre contrastes de intereses o sobre discusiones de política interna. Así como su iglesia no debía la joven república aprender la conducta de los asuntos públicos y organizar una administración? Ella estaba tan poco preparada para este tipo de tareas como para sus deberes espirituales; se había introducido la corrupción y la especulación —especialmente sobre los granos, preocupación constante de un estado aislado y sin campos— se propagaba: males inevitables, indudablemente, que Calvino no se cansaba de denunciar desde el púlpito de la antigua catedral de San Pedro.

El socorro del Refugio

Hacia 1550 la situación se agravó. Desde algunos años atrás, Ginebra veía irrumpir en su territorio, en grandes oleadas suce-

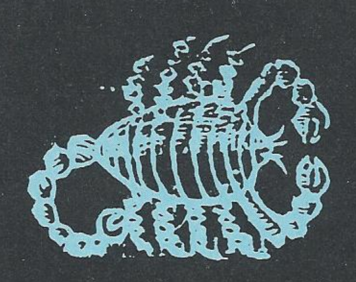
1. Calvino, detalle del retrato llamado de Rotterdam, anónimo del siglo XVI. Rotterdam, colección Boymans (Snark).

2. Los signos del Zodíaco. Calvino se lanzó con violencia e ironía contra toda superstición.



1

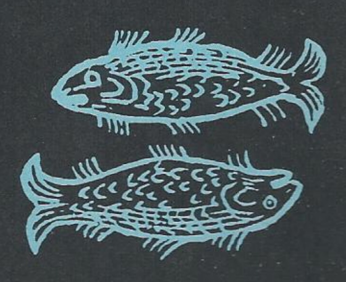


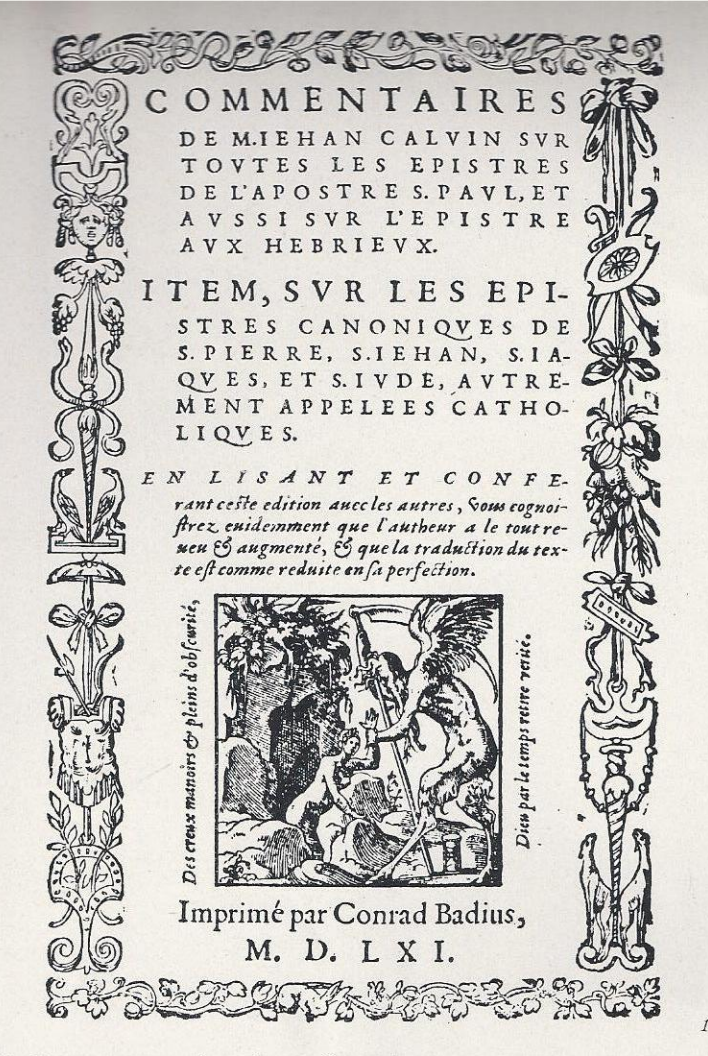













COMMENTAIRES
DE M. IEHAN CALVIN SVR
TOVTES LES EPISTRES
DE L'APOSTRE S. PAVL, ET
AVSSI SVR L'EPISTRE
AVX HEBRIEVX.

ITEM, SVR LES EPISTRES CANONIQVES DE S. PIERRE, S. IEHAN, S. IAQVES, ET S. IVDE, AVTREMENT APPELEES CATHOLIQVES.

EN LISANT ET CONFERANT ceste edition auec les autres, vous cognoistrez euidemment que l'autheur a le tout reueu & augmenté, & que la traduction du texte est comme reduite en sa perfection.

Des creux manoirs & pleins d'obscurité,
Dieu par le temps retire verité.

Imprimé par Conrad Badius,
M. D. L X I.

1



IN LIBRVM PSALMOrum, Iohannis Caluini commentarius.

Oliua Roberti Stephani.
M. D. L V II.

2

1, 2. *Frontispicios de obras de Calvino. París, Bibl. hist. du prot. français* (Snark).

3. *Calvino, en los dibujos de un alumno. Ginebra, Biblioteca* (Snark).



3

sivas, refugiados a los que las grandes persecusiones contra los protestantes expulsaban de su país. Llegaban por millares (sólo de 1540 a 1560, se inscribieron 5.000 en los registros de residencia, pero en ellos no aparecen todos) sobre todo franceses, italianos luego, y un poco más tarde —desde 1555— ingleses. Aunque muchos estaban de paso, son también numerosos los que se quedan. Este aporte masivo planteaba a una ciudad tan modesta, aun para aquella época —15.000 habitantes— problemas de provisiones y de abastecimiento; tanto más cuando que desde hacía más o menos doce años, la situación económica de Ginebra había empeorado seriamente: sus ferias ya no atraían mucha gente y los ginebrinos no habían sabido encontrar en otras actividades el medio de conservar su riqueza.

Calvino consideró que era un deber de la ciudad acoger y ayudar a los refugiados, la mayoría de los cuales eran compatriotas suyos. Muchos de los viejos habitantes de Ginebra sostuvieron, por el contrario, que eso significaría comprometer su seguridad. Temían sobre todo, y no equivocadamente, que esos extranjeros prestasen un apoyo decisivo al partido de Calvino, privándolos definitivamente del poder sobre su propia ciudad. Estos temores se correspondían con una comprobación de tipo económico: muchos de los extranjeros habían traído consigo la técnica de su propio oficio, unos los instrumentos, otros los propios capitales o la lista de sus relaciones en el mundo internacional de los negocios. Se organizó así rápidamente una industria del paño y más tarde de la seda (gracias a los refugiados de Lucca), industria que florecería en poco tiempo y que se convertiría en fuente de grandes ganancias. Si algunos ginebrinos tomaron parte en el movimiento de desarrollo capitalista, muchos permanecieron apartados y lo vieron con malos ojos.

Signado por incidentes y por frecuentes cambios de la situación, el conflicto entre Calvino y los libertinos se prolongó hasta el año 1555. Ami Perrin, el jefe de la oposición, fue elegido primer magistrado en 1549, pero Calvino pudo dominarlo. En 1553 sus adversarios están en el poder una vez más, pero no logran obtener sus fines: no obtienen ni el control del Consejo sobre los casos presentados al Consistorio ni el de las excomuniones. Calvino está decidido a dejar a Ginebra antes que resignarse a ceder y su ascendencia y su popularidad son tales que el Consejo tiene miedo de una sublevación.

En estos años de tensión explotaron los grandes "casos": el de Bolsec y sobre todo el de Servet.

Tres opositores eminentes: Castellion, Bolsec, Servet

Cuando Calvino se estableció en Ginebra, Sebastien Castellion, también francés, residía ya allí desde hacía tiempo y era director de la escuela. Las relaciones entre estos dos hombres fueron malas desde el comienzo. Los separaba su carácter así como también la diversas concepción que tenían de la iglesia. Castellion, que se estableció más tarde en Basilea, opuso, desde esta ciudad principalmente, el espíritu de tolerancia a la intransigencia demostrada por Calvino, especialmente en el caso Servet. Predicar la tolerancia en un siglo que no la conocía fue el gran mérito de Castellion para las generaciones posteriores, pero su efecto fue escaso. El caso de Bolsec dio más trabajo a Calvino. Jerome Bolsec, ex carmelita parisino, era un hombre curioso, médico y teólogo experto que, después de algunos viajes, se había establecido en Ginebra al servicio de un refugiado de la nobleza, amigo de Calvino. Bolsec atacó vigorosamente el dogma de la predestinación, pilar de la teología de Calvino. Calvino y sus colegas trataron de reconquistarlo y luego, al no lograrlo, lo remitieron a la justicia civil, de la que obtuvieron en diciembre de 1551 su expulsión como hereje. Luego, en Orléans, en 1562, Bolsec se habría retractado, pero más tarde abandonó el protestantismo, lanzando injurias contra Calvino, acusándolo entre otras cosas, de malas costumbres.

Dos años después, tenía lugar el breve pero doloroso caso Servet, que ocupa un lugar considerable en la literatura sobre la Reforma; ha proporcionado material para controversias interminables y ha dado, en general, a los admiradores de Calvino un complejo de culpa, complejo que Calvino mismo sufrió agudamente. El dramático fin de Servet, después de un escabroso proceso, no debe ilusionarnos: aparte de la voz discorde de Castellion y los agudos gritos de los adversarios de Calvino en Ginebra, todos aprobaron la sentencia: las iglesias y los magistrados de Suiza, consultados antes de que ésta fuese emitida, los protestantes de todas partes y hasta la Iglesia Católica que por poco no había emitido contra Servet la misma sentencia, bajo las mismas acusaciones.

Proveniente de Aragón, Servet se había distinguido en 1531 —a la edad de veinte años— por un escrito decididamente antitrinitario; es decir, tan escandaloso para los protestantes como para los católicos. Habiéndose dedicado por un tiempo a otros trabajos, sobre todo de medicina (entrevió la circulación pulmonar de la sangre), después de 1540 desarrolló sus propias ideas, preparando una gran obra, la *Christianismi restitutio* (Restitución del cristianismo, en oposición al título de la obra principal de Calvino, la *Institutio*); en 1547 envió su esbozo a Calvino, parece ser que con la **ilusión** de convencerlo... Al comienzo de **1553**, la obra se imprimía en Vienne, en el Delfinado. Calvino informó esto a la jurisdicción arzobispal de Lyon que arrestó a Servet y le instruyó un proceso. Servet logró escaparse, deambuló un poco y el 13 de agosto, estaba en Ginebra. ¿Por qué? De esto no se ha sabido nunca nada. Servet conocía la opinión que Calvino tenía de él y el riesgo que corría. Pero todo, desde su posición hasta la conclusión del proceso, revela una extraña inconsciencia. Servet, según consta en las actas del proceso, tenía una mente confusa, desordenada y su convencimiento antitrinitario lo extraviaba hasta tal punto que creía que la evidencia se les revelaría espléndidamente y que tanto Calvino como los jueces serían golpeados por ella. Reconocido, arrestado, hecho prisionero, fue conducido, como Bolsec, ante la justicia civil, que requirió el parecer de los pastores. Se arbitraron los medios para convencerlo, para hacerle reconocer al menos en parte, sus errores: Servet respondió con el desprecio. Su condena estaba signada. No debe asombrarnos que los adversarios de Calvino hayan tomado la defensa de Servet. Pero en un caso tan claro, sufrieron una derrota a los ojos de sus contemporáneos, que debilitó su posición. Dos años después, en 1555, fueron derrotados definitivamente. Intentaron provocar un levantamiento popular contra la mayoría que sostenía a Calvino y fueron dispersados: cuatro de ellos fueron ajusticiados, mientras que los más comprometidos huyeron.

Ya Calvino tenía libertad de movimiento en Ginebra. Pero otros problemas se sometían a su atención.

¿Un alma enigmática y sola?

Aunque suscitó en vida y después de su desaparición, la admiración y el respeto de los fieles de su iglesia, Calvino no supo conquistar jamás la simpatía humana. Se han subrayado en él, la pureza y la claridad de la doctrina, la simplicidad y la humildad de la devoción, el coraje, el vigor tenaz de las iniciativas, la prodigiosa capacidad de trabajo y de inteligencia, la amplitud de su cultura y la elegancia del estilo: pero todas estas cualidades tienen más que ver con la obra que con el hombre. Sus detractores —numerosos en todos los siglos, por las pasiones que él logró desatar— pudieron acusarlo fácilmente, sin contar los errores de los que se lo responsabilizó, relativos al campo de la conciencia y de la fe, y de los vicios que se le atribuyeron, de todos los defectos que podía tener su carácter. Debemos decir que es difícil establecer la verdad. Los testimonios precisos de aquellos que rodearon al reformador son raros y poco atendibles. En los escritos que poseemos de él, las confesiones sobre su persona son muy escasas. ¿Debemos entonces pensar que su alma secreta tendía a permanecer oculta?

Nosotros estamos dispuestos a pensar, más bien, que su espíritu positivo, dedicado a la solución de problemas precisos y concretos, no sentía necesidad de expresarse en confesiones. La partida que se juega se desenvuelve fuera de él y los recuerdos del pasado no le parecen de ninguna utilidad. Calvino, teólogo de la predestinación, no es un hombre de complicaciones interiores, de largos debates consigo mismo. Ha tenido, ciertamente, momentos de duda, pero de breve duración. Cuando ha tomado una decisión a la luz de la fe, olvida los escrúpulos y prejuicios, como se ha visto bien en el caso de Servet.

Esta fuerza de decisión, esta seguridad de sí, extraordinaria aún en los momentos más difíciles, es lo que ha podido ser tomado por rigidez e insensibilidad. Seguramente, Calvino era consciente de los dones que poseía y de su superioridad sobre casi todos los que lo rodeaban. Al poner esta superioridad al servicio de su propia causa, no consideraba necesario disimularla. Se ha dicho que carecía de piedad, y esto es cierto cada vez que se trataba del interés de su fe. Pero, detrás de esta exigencia hacia sí mismo, hacia los otros, transparenta un amor hacia los hombres, un apego a la vida en lo que ella tiene de más elevado, un espíritu de caridad del que dan testimonio las innumerables cartas que enviaba fielmente a sus amigos, aun a los más lejanos, que le consultaban; finalmente, un sentido del humorismo más agudo de lo que se ha afirmado.

En Calvino, hombre del siglo XVI, encontramos una curiosa mezcla de espíritu racional, práctico, positivo (como lo demuestra su apertura a los problemas económicos, cuyo peso fundamental en la sociedad moderna comprendía perfectamente) y de un sentido del honor tal como se lo practicaba en la sociedad medieval. Calvino se expresó con violencia e ironía contra las supersticiones; atacando la astrología, exclama con la turbulencia barroca de la época: "Las historias cuentan que en una veintena de batallas, han muerto en España casi trescientos mil hombres. Sin mayores indagaciones, ¿quién no verá fácilmente que los muertos estaban bien separados por su nacimiento con respecto a los astros? Así, en una multitud tal, el Capricornio, el Aries y el Toro se embisten con los cuernos de tal manera, que todo se confunde. El Acuario lanza tanta agua que parece el diluvio. La Virgen pierde la virginidad. El Cáncer retrocede; el León lanza golpes con la cola sin darse cuenta. Los Gemelos se vuelven uno. El Sagitario golpea a traición. La Balanza es injusta. Los Peces se esconden bajo el agua tan bien que no se entiende ya nada."

Pero, por otro lado, Calvino blande sobre el pueblo de Dios todas las amenazas del Antiguo Testamento para que permanezca en el temor del Señor. En él, el amor de Dios no es tan sensible como su grandeza. La Libertad del hombre, gema del pensamiento humanista, no existe más que sometida al creador.

Este contraste tan violento entre un temperamento autoritario de jefe y la prédica de la humildad del hombre frente a Dios puede parecer desconcertante. Pero justamente la sociedad calvinista, desde las iglesias de los Países Bajos en revuelta a las comunidades puritanas de la Nueva Inglaterra, extraerán de ella su fuerza y su riqueza.

La Roma protestante: mito y realidad

Las dificultades internas con las que debió enfrentarse Calvino en Ginebra, no hubieran sido más que incidentes locales sin mayor alcance, si, por voluntad del reformador y por obra de las circunstancias, esta ciudad no se hubiera convertido en el bastión del protestantismo.

La fama de Calvino había crecido rápidamente. Las obras que escribía en el tiempo que encontraba, eran inmediatamente impresas y paulatinamente difundidas, abierta u ocultamente, por medio de una activa red de libreros y propagandistas. También sus alumnos y sus oyentes ocasionales que se dispersaban en todas las direcciones, contribuían a divulgar la fama de Calvino. Después de la muerte de Lutero en 1546, los católicos vieron ese proceso más claramente que los protestantes, que estaban demasiado divididos y Calvino se convirtió en el Satanás sobre el que se desencadenaban su cólera y sus sarcasmos. De modo que toda Europa se volvía hacia Ginebra, trastornada por disidencias internas pero que, para la mirada exterior, comenzaba a tomar el aspecto de una Roma protestante.

Los protestantes de Francia, Escocia, de los Países Bajos, de Suiza y de Italia, lo esperaban todo de ella. Esperaban recursos, libros, pastores; exigían una doctrina, una liturgia, una forma para su iglesia. Sobre todo, buscaban en ella, una esperanza, el signo de una victoria. Ginebra era para ellos un símbolo; a su alrededor se creaba un mito que ocupa un puesto decisivo en la mentalidad de este segundo período de la Reforma, que es también el de la Contrarreforma. He aquí por qué Calvino perseguía con tanto ensañamiento a todos los que quisieran perturbar esta imagen de la ciudad de Dios, que él mostraba como ejemplo. Y he aquí también por qué los ginebrinos, aun aquellos hostiles a su persona, no podían asumir el riesgo de verlo partir, sin poner en peligro su misma libertad. Ginebra es, en fin, la ciudad del Refugio. A ella llegan personas de todas partes, de toda condición, atraídas por el mito que la circunda y por la realidad que representa: es su ciudad santa. Cuando, desde lo alto de las montañas que la rodean, ven desde le-

1. Catalina de Médicis, Chantilly. Museo Condé (Snark).

2. La ejecución de los conjurados de Amboise, por Tortorel y Perissin. París, BN, Cabinet des Estampes (Snark).

3. Coloquio de Poissy, en una estampa del siglo XVI. París, BN (Snark).

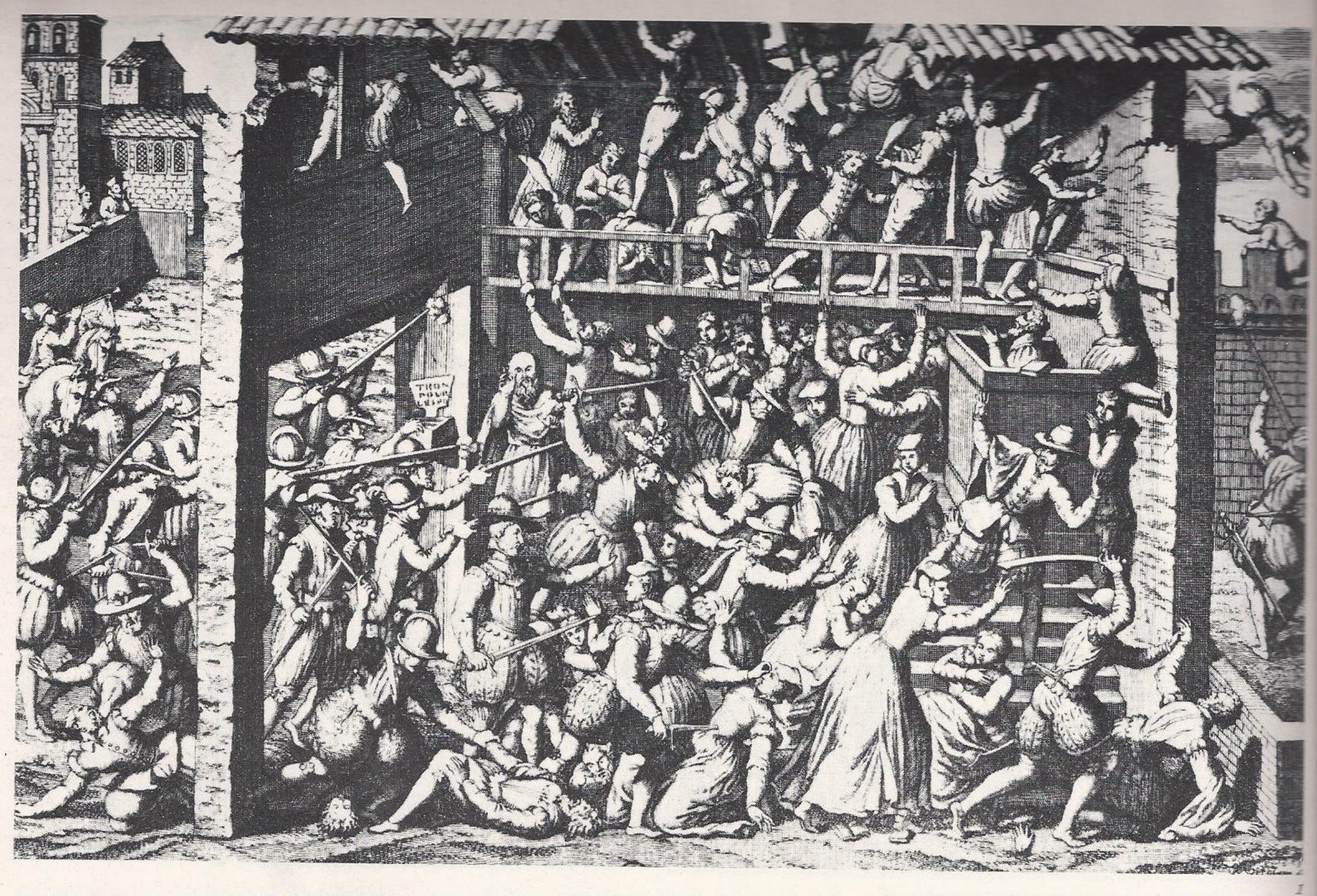


1

2

Es seindt zu Orliens versamlett, All Stendt, das da wurdt gehandelt,
Wie man dem Land zu einigkheit, Verhelpfen mocht vnd sicherheit,
Darumb ein ieden wirt vergunt Zu reden mitt einem freien mundt
Vnd melden was die vrsach sei, Im gantzen Landt der ketterei.
Anno Dnj M. D. LXI. In Januario.

6



1

1. *La masacre de Vassy, por Tortorel y Perissin. París, BN* (Snark).

2. *La batalla de Dreux, por Tortorel y Perissin. París, BN* (Snark).

jos los techos amontonados en torno a la vieja catedral, entre el lago, el Ródano que lo sustenta y el torrente del Arve, se arrodillan, como dice la tradición, entonando un cántico de entrega y de gracias.

Por la consolidación de la Reforma

Mientras el mundo reformado mira a Ginebra, Calvino sigue con atención la movida evolución de este mundo. Lo esencial de su obra está situado en la segunda generación de la Reforma, que ve su consolidación. Las grandes rupturas han quedado atrás, las grandes decisiones teológicas, de una y otra parte, ya están tomadas. Ahora, él debe ordenar, reconstruir. Su ambición, que no se realizó nunca completamente, a pesar de los progresos aún recientes, era la de unificar la Reforma. Trabaja en esto, primero con los suizos; quizás ellos puedan permitir el acercamiento con los luteranos, con los que mantienen buenas relaciones. Después de laboriosas negociaciones y al precio de algunas concesiones a las cuales no está habituado, Calvino firma en Zurich en 1549, el *Consensus Tigurinus* (el acuerdo de Zurich) sobre la cuestión de los sacramentos. Pero los más obstinados discípulos de Lutero hacen fracasar el entendimiento con las iglesias alemanas. Mientras el Concilio de Trento, inaugurado en 1545, decide reunir las fuerzas católicas contra la Reforma, ésta se muestra incapaz de superar sus corrientes. Desde Escocia a Polonia, desde Escandinavia hasta Italia –la de los Valdesi, también la de Lucca, de Roma, de Nápoles–, Calvino observa, aconseja, ordena, reconforta. Pero la que lo apremia sobre todo es Francia. En primer lugar porque es su país: en el seno de esta "internacional" que es la sociedad de los humanistas, Calvino demuestra un apego insólito hacia su patria. En segundo lugar porque conoce mejor su lengua, su mentalidad y sus necesidades. Y finalmente porque, en estos años de la mitad del siglo, la Francia del Rey Cristianísimo parece lista a pasarse a las filas de la Reforma. La apuesta de la lucha que allí se trama –y durará mucho tiempo– es bastante importante, como para que Calvino dedique a ella todos sus cuidados, le ofrezca su reposo y pierda en ella la salud. Se mantiene informado día a día, gracias a la importante red de corresponsales, del estado de las cuestiones religiosas y políticas: los dos campos son ya inseparables. Interviene constantemente con cartas que llevan un mensaje seguro: de hecho, él dirige la Reforma francesa por interpósita persona. Prefiere la negociación al enfrentamiento abierto de las fuerzas, a la lucha o a las bajas intrigas: el jurista, y el teólogo y el pacífico humanista, resurgen. Aunque le gusta usar en sus escritos me-



táforas militares, no admite en la práctica los ardores belicosos. La infeliz "conjura de Amboise", con la cual los gentilhombres protestantes querían eliminar a los Guisa, sus adversarios más peligrosos, fue organizada en 1560 contra la expresa voluntad de Calvino. En cambio tomó parte activa, aunque desde lejos, en el Coloquio de Poissy, en 1561. La corte de Francia había organizado este coloquio con la esperanza de restaurar la paz en el reino; los reformistas aceptaron participar en él, porque la oportunidad que se les presentaba de exponer públicamente ante el rey y Catalina de Médicis sus artículos de fe, era realmente única. Calvino, demasiado enfermo y demasiado comprometido como para hacerse ver en Francia, fue representado por sus mejores colaboradores: Théodore de Bèze, el borgoñés que se había unido a él hacía poco, y Pedro Martir Vermigli. El resultado fue desilusionante para ambas partes. Al menos, los protestantes habían jugado a cartas descubiertas. Pero la lucha debía seguir su curso.

Calvino proporcionó pastores a las iglesias de Francia públicas o clandestinas; habían sido formados en Ginebra en su mayor parte y es él quien les asigna su puesto, según las necesidades y los hombres disponibles. Se cuida de cambiarlos a menudo, para evitar que se vuelvan sospechosos y sean arrestados, cosa que era muy frecuente. Pero los pedidos son cada vez más numerosos y son muy escasos los que están listos para responder. Desde 1536, no había más que una escuela superior de pastores de lengua francesa, la Academia de Lausana, instituida por el gobierno de Berna. En 1559, una crisis enfrenta a los pastores y a los profesores de Lausana con el gobierno; la gran mayoría debe abandonar su puesto y la Academia ya no puede cumplir ni siquiera con las insuficientes funciones que se le asignaban. En aquel mismo año de 1559, Calvino impone la decisión de crear una Academia —es decir, un embrión de universidad— en Ginebra, y hace nombrar rector a su amigo, el helenista, Théodore de Bèze, que ha abandonado Lausana. La fama de la Academia de Ginebra permitirá en poco tiempo, proporcionar los cuadros necesarios para las iglesias de Francia.

El fin de Calvino

La obra cumplida por Calvino en Ginebra es inmensa. Las preocupaciones y las necesidades a las que hemos aludidos, se suman a sus deberes cotidianos de pastor, de predicador, de catequista, que él asumirá con puntualidad, y al tiempo que dedicaba a la lectura y a la correspondencia y a la redacción de las innumerables obras que versaban sobre la teología y la vida de la Iglesia.

No debe sorprender entonces, que la enfermedad haya vencido al cuerpo, por más robusto que éste pudiera ser. El rostro de viejo, flaco, lleno de arrugas, con bolsas bajo los ojos, y con la larga nariz derecha y sutil, es un rostro de enfermo. El progreso del mal, la tisis, ha sido tan lento, que las personas que lo rodeaban, y hasta el mismo enfermo, no lo advirtieron inmediatamente. Pero desde 1559, Calvino no puede levantarse del lecho; continúa sin embargo su trabajo, y toma la costumbre de dictar.

Al comienzo de 1564, la enfermedad hace rápidos progresos. En febrero, Calvino, que no tiene todavía cincuenta y cinco años, da su última lección y pronuncia su último sermón; no dejará más su habitación. El 25 de abril dicta su testamento y en los días siguientes recibe por última vez a los miembros del Consejo de la ciudad y a los colegas, a quienes exhorta a continuar la obra comenzada. Su viejo amigo Farel había venido desde Neuchâtel para verlo una vez más. Finalmente, "habiendo podido hablar inteligiblemente hasta en artículo de muerte, totalmente capaz de sentir y comprender", indica Bèze, dio su último suspiro el 27 de mayo hacia las ocho de la noche.

La continuación de la obra

Si bien Calvino, en el momento de la muerte, consideraba incompleta su obra, dejaba, sin embargo, a Ginebra en una situación clara. Ya nadie rechazaba su autoridad ni la de sus sucesores. Había preparado todos los instrumentos qe éstos no tenían más que utilizar. Théodore de Bèze, el íntimo colaborador de los últimos años, fue, naturalmente, quien lo sucedió y se puso a la cabeza de la Iglesia de Ginebra y de la Reforma en Francia. Contaba con una gran fama de humanista y de teólogo, y con dones de hábil diplomático, demostrados en situaciones difíciles. Menos intransigente y menos autoritario que Calvino y más afable, poseía, como su predecesor, firmeza y coraje en las afirmaciones. Sin evitar todas las insidias, supo conservar lo que Calvino había construido. Ginebra, nuevamente amenazada por su inquieto vecino el duque de Saboya, mantenido durante poco tiempo alejado de los franceses, conocerá años de ansiedad hasta la aventura del Escalade (1602), que puso fin a las ambiciones de su enemigo. Libre, siguió siendo la ciudadela de la Reforma y mucho más tarde acabó por entrar en la Confederación Suiza (1815).

La obra de Calvino fue proseguida aunque con resultados alternos, aun desde fuera. Los países latinos extirparon todo rastro de la Reforma; Alemania en su mayor parte y los países escandinavos siguieron siendo luteranos. En Francia, los progresos del calvinismo fueron inciertos hasta que la revocación del Edicto de Nantes (1685) los detuvo para siempre. Pero en los Países Bajos, en Bohemia, Hungría, Escocia, las iglesias calvinistas prosperaban, extendiéndose más tarde a las colonias inglesas de América con los "Pilgrim's Fathers" que fundaron la activa comunidad puritana de la Nueva Inglaterra. Estas iglesias, que se remitían todas a Calvino, no siempre conservaron la pureza de la línea que él trazara, pero conservaron su impronta.

Una sociedad nueva

A largo plazo, la importancia del puesto ocupado por Calvino en la historia depende menos de la gran difusión de su doctrina cuanto de su contribución a sentar las bases de una nueva sociedad y del espíritu moderno.

La doctrina de Calvino, enseñada por él mismo o contenida en la *Institución cristiana* o en la masa de obras, tratados y comentarios que redactó, sobrepasa los límites de la teología dogmática que esperábamos encontrar. Para edificar una ciudad nueva no era suficiente la ciencia de Dios: era preciso prolongarla en la ciencia del hombre. O, más bien, era necesario integrar ambas ciencias, a imagen de la Biblia; porque la Palabra, fuente del verdadero conocimiento, lo contiene íntegramente.

De modo que esta doctrina, que no quiere ser más que un amplio comentario de las Escrituras, llega a proponer una concepción global de la sociedad, de carácter normativo. ¿Una ética? Mucho más, ya que las relaciones individuales y sociales de los hombres no son consideradas allí por sí mismas, sino remitiéndolas a su principio, Dios. La Creación representaba la sociedad perfecta, porque el hombre era la imagen de su Creador.

Pero la intervención del pecado original la ha "alienado" (la palabra ha sido usada por Calvino mucho antes de que la usara Hegel o Marx). La sociedad, es decir, todas las sociedades históricas, están alienadas también, hasta el fin de la Historia, que será la Creación restablecida. Hasta ese momento los hombres deben aceptar su difícil condición de existencia: así se justifican las instituciones espirituales y temporales que los gobiernan, la Iglesia y el Estado. Pero la sociedad, "predestinada", sin embargo, debe tender a identificarse con la Creación; no puede, pues, abandonarse a la fatalidad de su condición. Para tal fin, un principio esencial dirige las relaciones entre los hombres, los grupos y las instituciones: la libertad espiritual, de la que dependen toda otra libertad, política o social. El destino del hombre y el de la sociedad son pues, idénticos pero se colocan en recíproca tensión cuando sus intereses se enfrentan. Calvino sintió mejor que cualquier otro esta terrible tensión. De ahí deriva su ansiosa búsqueda de un equilibrio, de un justo medio: no ser demasiado conservador, conociendo el movimiento de la historia, ni demasiado innovador, temiendo romper este equilibrio tanto espiritual como político, económico y social.

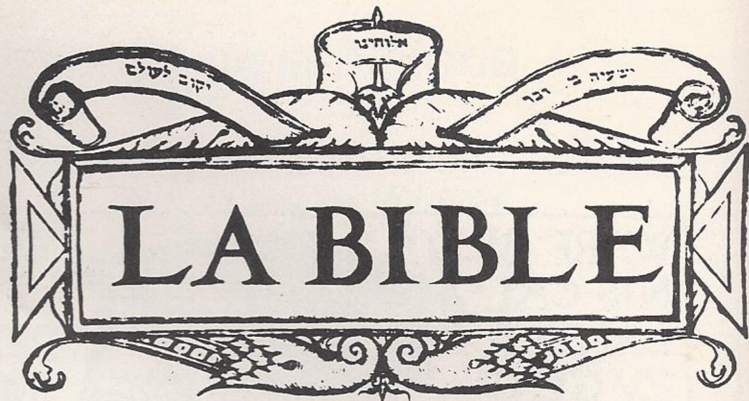
Esquemáticamente, éste es el fondo del pensamiento sociológico de Calvino. Partiendo de estas consideraciones, regulaba las delicadas pero íntimas relaciones de la Iglesia con el Estado; definiendo el justo empleo de las riquezas, cuya distribución desigual y las distinciones sociales que esto provoca, son una directa consecuencia del pecado (sin embargo, tanto los ricos como los pobres son necesarios para él, para el ejercicio de la caridad, que es en sí misma, condición de la fe); afirmando la dignidad del trabajo (que los puritanos elevarían a un grado máximo). El trabajo no es una maldición, sino, al contrario, una participación del hombre en la obra divina. Esta glorificación del trabajo, de cualquier índole, es nueva para la mentalidad del siglo XVI, y suena extrañamente, ya que Calvino la utiliza para despedazar la jerarquía tradicional de las actividades humanas y para adaptar la ética cristiana al mundo sobre el cual debe obrar. En este punto Calvino está muy adelantado con respecto a la teología católica de su tiempo y a la de los otros reformadores.

Calvino ha examinado lúcidamente los fundamentos de una sociedad nueva. Ahora bien, ¿no se estaba formando, precisamente, esta nueva sociedad? ¿Y no se modelaban quizás, en las formas surgidas ayer y que más tarde se llamarán capitalistas? De aquí a atribuir a Calvino la paternidad del capitalismo, hay un solo paso, que han dado tanto los sociólogos como los historiadores.

Esta idea se remite al célebre ensayo que el sociólogo alemán Max Weber publicó al comienzo de este siglo bajo el título de *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.* Weber quería demostrar, contra Marx, que las fuerzas espirituales que animan a una sociedad pueden determinar sus condiciones materiales. Observando la Alemania de su tiempo, remitiéndose luego a las comunidades puritanas, creyó captar en los protestantes un mayor dinamismo en sus empresas, un sentido más agudo de la iniciativa, un cálculo más audaz del riesgo en los negocios. Lo explicaba recurriendo justamente a la doctrina de Calvino. No importa establecer aquí si tenía o no razón; y poco interesan las peripecias de las largas controversias que ha provocado este tema —y que no parecen haber finalizado— y a los argumentos que se sostuvieron, entre los cuales está la famosa cuestión de que Calvino fue el primer teólogo en aceptar con franqueza y en justificar en el cuadro de su doctrina, el préstamo a interés: ¿podía hacer otra cosa



1



LA BIBLE

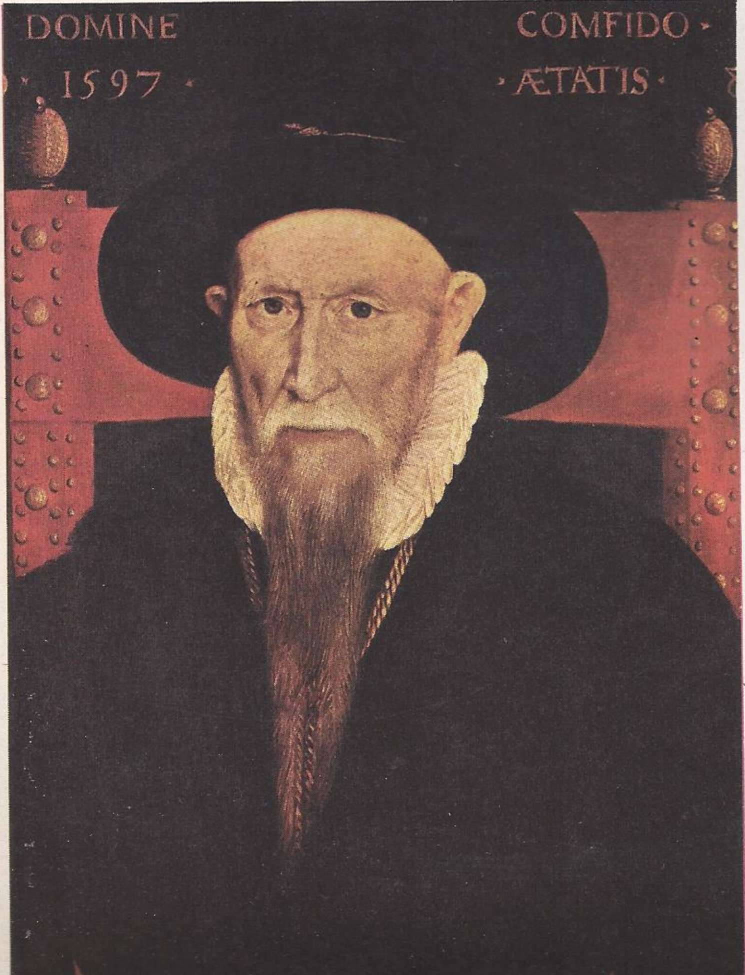
Qui est toute la Saincte escripture.
En laquelle sont contenus/le Vieil Testament
& le Nouveau/translatez
en Francoys.
Le Vieil/de Lebrieu:
& le Nouveau/
du Grec.

Aussi deux amples tables/lune pour linterpretation
des propres noms: lautre en forme dindice/
pour trouver plusieurs sentences
et matieres.

Dieu en tout.

Isaiah.I.
Escoutez cieulx/et toy terre preste laureille:
car Leternel parle.

2



3

1. El cardenal Farnese, futuro papa Pablo III. Retrato del Tiziano. Nápoles, Museo de Capodimonte (Snark).

2. La Biblia, ed. de Orléans, 1535 (Snark).

3. Théodore de Bèze, anónimo. París, Bibl. hist. du prot. français (Snark).



1

1. *Calvino. París, BN* (Snark).

en una ciudad donde tal práctica estaba autorizada explícitamente, excepcionalmente, desde hacía dos siglos y en un mundo que, como él lo sabía, tenía una legítima necesidad de ella?

Lo que es importante recordar es que Calvino fue consciente de vivir en una época en la que los hombres se aventuraban por nuevos caminos. Con el progreso técnico y científico, con la extensión del horizonte hacia tierras desconocidas, fuentes de abundantes riquezas, con el cambio brusco e irreversible de la mentalidad, con la revolución de los espíritus, comienza otra civilización. Calvino lo ha comprendido. Deseoso de someterse antes que nada, a la voluntad de Dios, de hacerla obrar para su reino, adhirió a ella con un acto de su firme voluntad. Pero al adherirse le dio su impronta. Católico o protestante, espiritualista o materialista, el mundo moderno, el mundo de hoy, debe a Calvino una parte de lo que es.

Bibliografía

Obras de Calvino:

La mayor parte de las obras de Calvino ha sido publicada numerosas veces, antes y después de su muerte. Al final del siglo pasado fueron reunidas por un grupo de estudiosos de Estrasburgo en el cuadro del *Corpus Reformatorum;* esta colección de la *Joannis Calvini Opera quae supersunt omnia* (1863 - 1880) consta de 59 volúmenes, de los cuales once están dedicados a las cartas. Falta una gran parte de los sermones en las notas del secretario del predicador. Existen, por otra parte, muchas *Obras Escogidas,* antologías, y ediciones separadas de las obras más famosas.
En español:
Se encuentran las siguientes obras de Calvino: *Desarrollo Doctrinal en el Nuevo Testamento,* México, Fuente. *Epístola a los hebreos* (Comentarios de Calvino), San José, Costa Rica, Caribe. *Epístola a los romanos* (Comentarios de Calvino), San José, Costa Rica, Caribe. *Institución de la religión cristiana,* ed. Conmemorativa, Aurora. *Tratados breves,* Aurora.

Biografías de Calvino:

La bibliografía de los estudios dedicados a Calvino en general y a algunos momentos de su vida y a algunos aspectos de su obra, es inmensa. Las primeras "vidas de Calvino" fueron compuestas luego de su desaparición por sus amigos y colaboradores Théodore de Bèze y Nicolás Colladon. A partir del XIX se multiplican las biografías del reformador, pero muchas tienen la huella de las controversias religiosas de la época en la que fueron publicadas. Los primeros estudios serios, han sido los libros del inglés T. H. Dyer (1850) y del alemán F. W. Kampschulte (1869-1899). La obra monumental de Emile Doumergue, *Jean Calvin, Les hommes et les choses de son temps,* (8 vol. 1899-1927) muy bien informada, aunque conserva cierto aire de panegírico. Entre las buenas biografías recientes recordamos las de J. D. Benoît (1933); R. N. C. Hunt; R. Frechi (2 vol. 1934) Omodeo (1947); A. M. Schmidt (1957); J. Cadier (1958) J. Rilliet (1963).

El fascículo Nº 51 de

LOS HOMBRES de la historia

la Historia Universal
a través de
sus protagonistas

contiene la biografía
completa e ilustrada de

Talleyrand

Figura capital en la escena política durante cuarenta y cinco años; un hombre inteligente, disoluto, cínico, corrompido, que ejerció una profunda influencia sobre la historia del mundo.



¡Un momento apasionante de la historia que usted debe conocer!

LOS HOMBRES de la historia
El mundo contemporáneo

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX:
La Revolución Industrial

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX:
Las revoluciones nacionales

LOS HOMBRES de la historia
El siglo XIX:
La Restauración

LOS HOMBRES de la historia
La Revolución Francesa
y el periodo napoleónico

LOS HOMBRES de la historia
El setecientos

LOS HOMBRES de la historia
Los estados nacionales

LOS HOMBRES de la historia
Del Humanismo
a la Contrarreforma

LOS HOMBRES de la historia
Cristianismo y Medioevo

LOS HOMBRES de la historia
La civilización romana

LOS HOMBRES de la historia
La edad de Grecia

LOS HOMBRES de la historia
La civilización
de los orígenes

Cada fascículo de LOS HOMBRES de la historia publica la biografía completa de un hombre que ha desempeñado un papel de gran importancia en la historia del mundo.
Los fascículos se van agrupando en tomos que dan, a su vez, una gran historia de la humanidad desde sus primeras civilizaciones hasta nuestros días.
La historia del mundo que ofrece esta colección es total y de enfoque moderno: los Hombres elegidos no están estudiados como héroes sino como intérpretes destacados de su época.
Profusamente ilustrada, la colección es, asimismo, un riquísimo archivo documental.

Publicación semanal
Precio de venta
m$n. 140,- el ejemplar

ARGENTINA: $ 140.-
BOLIVIA:
COLOMBIA: $ 7.-
COSTA RICA:
CUBA:
CHILE:
REP. DOMINICANA:
ECUADOR:
EL SALVADOR:
ESPAÑA:
GUATEMALA:
HONDURAS:
MEXICO: $ 5.-
NICARAGUA:
PANAMA:
PERU: S/. 18
PUERTO RICO:
URUGUAY: $ 90.-
VENEZUELA: Bs. 2.50